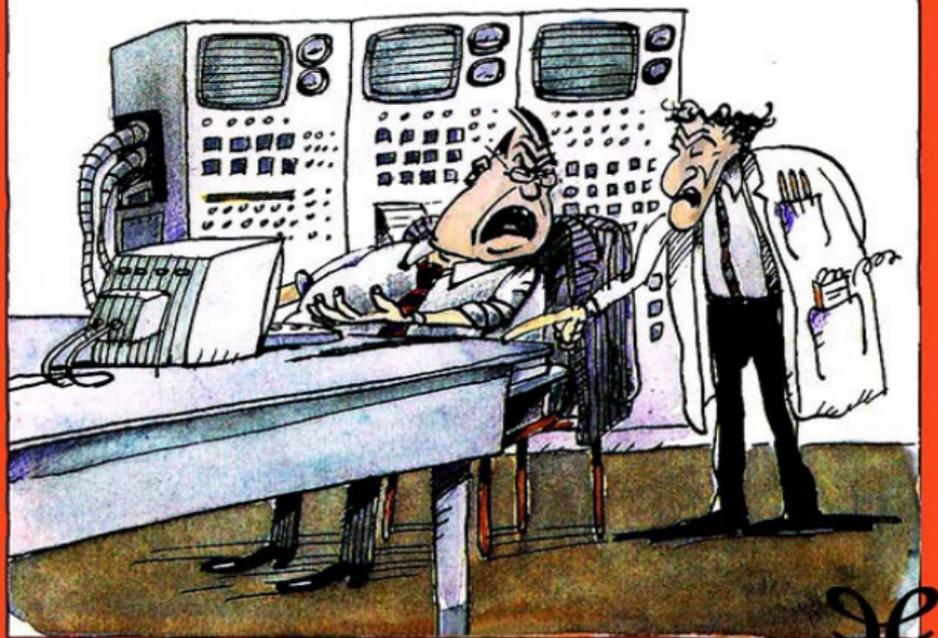




EL BARCO DE VAPOR

Terry Wardle

La suma más difícil del mundo



se

¿Cuál es la suma más difícil del mundo? La pregunta es fácil de formular, pero ¿quién se atreve a dar la respuesta? Las 10 000 libras que el *Daily Chronicle* ofrece al ganador son tentadoras y miles de cartas comienzan a inundar la redacción del periódico.

El británico TERRY WARDLE nos brinda un libro muy divertido, pero que trata temas profundamente serios.

A partir de 9 años





Terry Wardle

La suma más difícil del mundo

**Serie Naranja - 161 (El Barco de
Vapor)**

ePub r2.0

Titivillus 25.01.15

Título original: *The hardest sum in the world*

Terry Wardle, 1968

Traducción: María Cristina Espejel

Ilustraciones: Benoit Jacques

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



1 El lunes por la mañana

¡LUNES por la mañana! No, no podía ser. Parecía que la semana había pasado volando.

Pero era otra vez lunes por la mañana y Billy Budge sacó la nariz del embozo.

Sí, era lunes, efectivamente. Tenía ese algo especial de aburrido y gris de

todos los lunes por la mañana y que no se parece a ningún otro día de la semana. Se le presentaba a Billy a través de las cortinas con la cara de un viejo chiflado y colérico que decía con voz profunda: «Aquí estoy yo, el señor Lunes por la Mañana. ¿Por qué sigues ahí echado, Billy, cuando estoy yo aquí?».

—¡Billy! ¡Levántate! —era la voz chillona de su madre desde abajo—. Llegarás tarde.

Billy se quedó pensativo. Todavía seguía así cuando, lo que le parecía sólo unos segundos más tarde, la voz volvió otra vez, más penetrante que nunca.

—¡BILLY! ¿Te has levantado ya? Te

he llamado hace diez minutos. El desayuno se va a enfriar, y yo también voy a llegar tarde. ¡LEVÁNTATE!

No había nada que hacer ofreciendo resistencia a la mañana del lunes por más tiempo. Billy hizo un esfuerzo por levantarse de la cama con el presentimiento de que algo terrible iba a ocurrir.



—Sería mucho mejor que me quedase en la cama —musitó mientras se dirigía al cuarto de baño arrastrando los pies con desgana.

Quince minutos después, abajo en la cocina, Billy, ya vestido y aseado, se dio cuenta de qué era lo que le iba a ocurrir.

Se paró en seco cuando estaba mordisqueando un trozo de tostada. Un gesto de terror se extendió por su cara regordeta.

—Córcholis —gritó, escupiendo sin querer trozos de la tostada con mermelada. Luego, se lanzó hacia un rincón de la cocina.

Rebuscó detrás de la nevera. Para ello, no dudó en echar a un lado su bolsa de deporte, la caja de cartón con las compras del sábado, las sandalias de su madre, las botas de agua y los guantes

para el jardín de su padre. Finalmente, encontró la carpeta.

Con dedos temblorosos desató las correas y sacó un cuaderno de ejercicios que abrió de par en par. Allí, apuntándole con un dedo acusador, estaba la hoja en blanco donde tenía que haber hecho los deberes de matemáticas de la señorita Penny.

Billy se desplomó contra la nevera. Se sentía débil y mareado. La señorita Penny se pondría furiosa al ver el cuaderno. Si conseguía no ir al colegio, podría hacer los deberes y entregarlos al día siguiente. Cuanto más pensaba en ello, más seguro estaba de que no se sentía bien. Probablemente tenía, sí,

hombre, sí, sarampión o gripe; desde luego, algo contagioso. No necesitaba ir al colegio, después de todo.

—Mamá —gritó a su madre, que estaba arriba, en el cuarto de baño—, no puedo ir al colegio hoy, estoy malo.

Una respuesta amortiguada pero firme bajó flotando por las escaleras:

—¡Tonterías!

No le quedaba otra salida. Billy despejó la mesa y se puso a trabajar. Balanceó el lápiz encima de la hoja en blanco, estudió cuidadosamente la primera suma y se rascó la cabeza.

Cuando su madre bajó las escaleras, haciendo mucho ruido con sus tacones altos y desprendiendo un perfume

penetrante, Billy todavía estaba rascándose la cabeza y dándole vueltas a la primera suma. Aquella terrible hoja en blanco seguía con los ojos fijos en él, desafiándole a que garabateara algún número con su mala escritura.

—Pero, por Dios, ¿qué estás haciendo, Billy? —preguntó ella—. ¿Sabes la hora que es? ¿Has pensado que tienes que ir al colegio hoy?

—Tengo que hacer esto —le rogó Billy.

—Ahora no. ¡Al colegio!

Billy se rascó la cabeza otra vez.

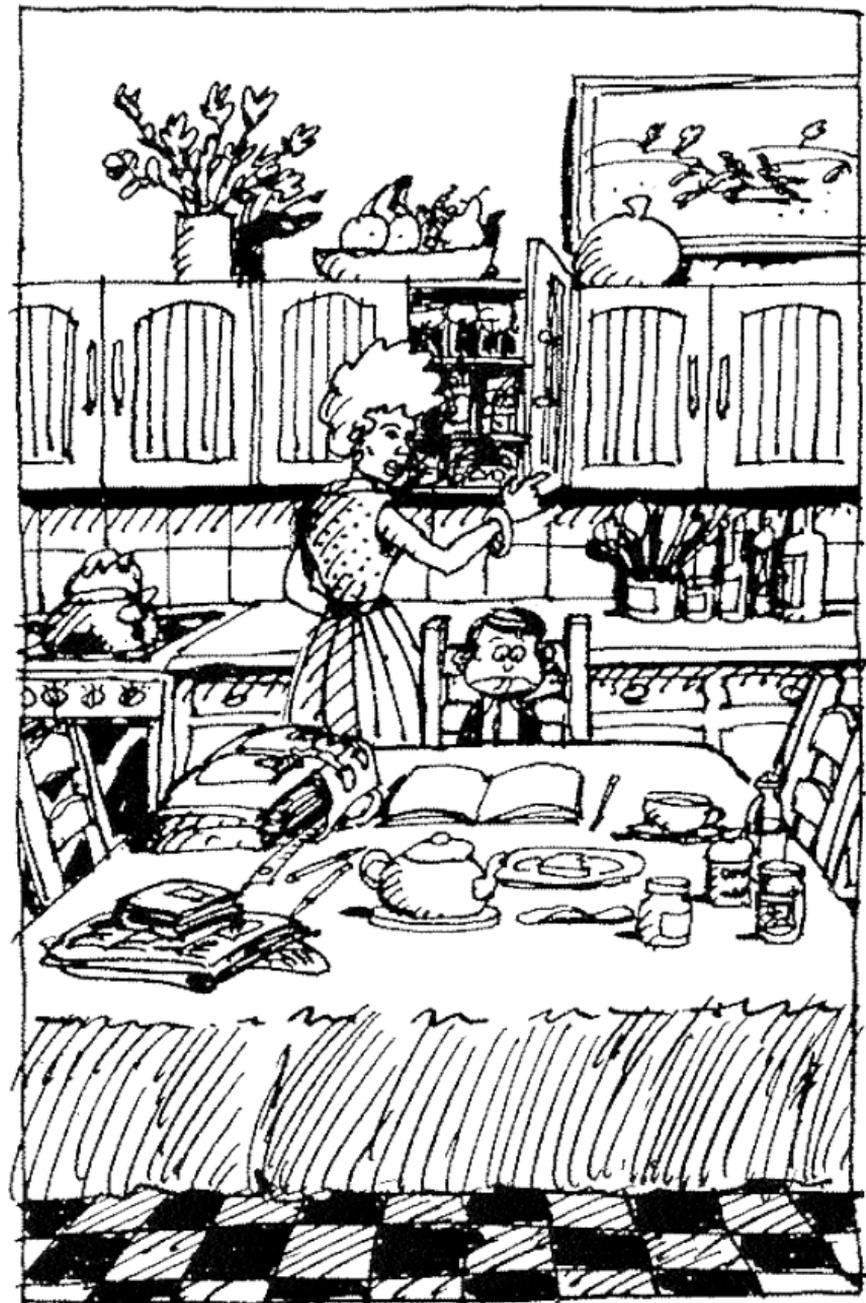
—Mamá, ¿por qué son las sumas tan difíciles?

—No lo son si las sabes hacer —

contestó su madre.

—Algunas sí que lo son —dijo Billy.

—Algunas son más difíciles que otras —dijo ella.



2 *La señorita Penny*

BILLY Budge era un chico comente. No había nada especial en él. Vivía con su madre, su padre y su abuela en una casa alta y vieja, no lejos de la Calle Mayor. Su hermana, Helen, había vivido con ellos hasta que se casó en septiembre y se trasladó a otro piso.

Todos le creían el bebé de la familia. Su abuela, que ahora pasaba una larga temporada con tía May, le llamaba

«mi hombrecito» y le acariciaba el pelo. A Billy eso le sentaba fatal, pero por otro lado la abuela le compraba caramelos y patatas fritas. Billy se llevaba el botín a su cuarto y se lo zampaba después de haberse lavado los dientes.

—No le digas nada a tu madre —le solía decir su abuela, como si fuera un gran secreto que sólo compartieran ellos dos.

Billy iba pensando en ella mientras se arrastraba al colegio.

«Cómo deseo que vuelva a casa otra vez», pensaba.

Era bajo de estatura para su edad, con una cara demasiado gruesa y sucia

casi siempre. Llevaba los bolsillos llenos de trozos de cuerda y cachivaches que cogía aquí y allá. Los calcetines se le caían incluso cuando su madre le ponía un elástico en la parte de arriba.

El rostro de Billy crecía en descontento mientras caminaba sin ganas. Los calcetines se le habían escurrido tanto que sólo les faltaba desaparecer dentro de los zapatos. Sabía que cuando diera la vuelta a la esquina divisaría el colegio, y se deprimió. Le gustaba ver a sus amigos en el colegio y jugar en los recreos. Y algunas veces pensaba lo agradable que sería pasar sin las lecciones y que les dieran un recreo más largo, sólo interrumpido por la

comida. Pero hasta que lo hicieran, Billy seguiría odiando el colegio y las clases de matemáticas sobre todo.

—Vamos, Billy —dijo una voz detrás de él—. ¡Llegarás tarde!

Era «Jumbo» Gibbs, un chico pequeño de estatura, gordo y con gafas. Era el mejor amigo de Billy. Le llamaban Jumbo a causa de su peso. Pero en absoluto se parecía a un elefante. Tenía unas facciones perfectas y los ojos muy azules. Ahora su rostro estaba completamente sofocado de venir corriendo. Casi había perdido el aliento. Aun así, intentó animar a Billy para que se diera prisa.

—Bah, no te preocupes —musitó

Billy caminando sin ganas.

—Te vas a arrepentir de lo que haces si llegas tarde a la clase de la señorita Penny —dijo Jumbo.

La sola mención de la señorita Penny hizo que Billy aligerara el paso. Levantó los ojos y contempló el colegio a lo lejos: un edificio de ladrillo rojo, largo y bajo, detrás de una verja que permanecía abierta al final de una carretera. Su apariencia era la de un monstruo enorme con la boca abierta, dispuesto a tragar niños.



«¡Qué horror!», pensó Billy, y un escalofrío recorrió su cuerpo.

—¿Cuánto nos queda? —preguntó.

Jumbo fijó su mirada en la muñeca con interés.

—No lo sé —repuso—. No puedo

ver mi reloj. Tengo los cristales de las gafas empañados.

Sacó el pañuelo dispuesto a limpiarlas cuando el timbre del colegio sonó con un alarido agudo y penetrante. Era como el horrible fantasma sin cabeza que la abuela de Billy decía haber visto una vez.

—¡No puede ser! —exclamaron los dos, y comenzaron a correr hacia la verja del colegio. Querían ser tragados por ella y dispersarse en aquella masa enorme de uniformes escolares que estrujaban, arrasaban, gritaban y charlaban en los pasillos que los llevaban a sus clases.

La clase de la señorita Penny estaba

al final de un pasillo gris, cerca de los laboratorios de donde surgían olores raros y nada agradables. Quizá, pensó Billy mientras corría por el pasillo, aquélla era la razón de que por la clase de matemáticas flotase un penetrante olor a humedad. Dudó cuando llegó a la puerta y trató de inventar alguna disculpa para no entrar.

—Venga, Billy —dijo Jumbo desde atrás—. Se pondrá furiosa si no entramos antes que ella.

Billy dio la vuelta al picaporte y, ayudado por Jumbo que le empujaba por detrás, casi cayó en picado dentro de la clase. Echó una ojeada rápida hacia la gran mesa del rincón y emitió un suspiro

de consuelo cuando comprobó que la señorita Penny aún no estaba allí. Después, posó sus ojos en el resto del grupo, que en aquel momento se volvía para mirarlos a ellos. Se dio prisa para llegar a su sitio, situado al fondo de la clase. Jumbo lo siguió resoplando. Ambos se sentaron.

No le hacía mucha gracia estar allí, pero se sentía contento porque había llegado antes que la señorita Penny. A ella le gustaba hacer su entrada cuando todos estaban sentados, con los libros encima de la mesa y en silencio. No le gustaban los chicos que llegaban tarde e interrumpían su clase.

Billy se acomodó en su asiento y

echó una ojeada al resto de la clase. Pertenecían a uno de los cuatro grupos de primer año de la Escuela de Segunda Enseñanza Dashwood, pero casi habían terminado el curso y esperaban entrar en segundo después de las vacaciones de verano, cuando dejaran de ser los bebés del colegio.

La mayoría de los niños provenían de la barriada de casas alquiladas del Ayuntamiento, situada detrás del colegio. Otros vivían en grandes edificios de enfrente del colegio, y unos pocos, como Billy, más lejos aún.

La clase de Billy tenía fama de ser la peor del primer año, gracias a «Croc Croc» Harris y sus muchachos, que

hacían el tonto en todas las clases excepto en la de la señorita Penny. Croc Croc se había ganado el mote debido a su voz ronca. Sus amigos lo habían copiado de su madre, que nunca le llamaba por su nombre verdadero, Steven. Todo el mundo le llamaba Croc Croc a sus espaldas, pero cualquier persona que le llamara así y que no perteneciera a su pandilla probablemente recibiría un puñetazo en la nariz.

Billy vio que algunos chicos estaban comparando las soluciones de los problemas y los estaban corrigiendo diligentemente.

Se dio cuenta de que podría

aprovechar la oportunidad para hacer los deberes. Sacó su cuaderno rápidamente y comenzó a rascarse la cabeza pensando en la primera operación. Pero no pasó desapercibido por mucho tiempo. Croc Croc Harris, que estaba sentado cerca, se inclinó hacia adelante para mirar mejor y dijo:

—Pero ¿qué haces, Budge?

—Nada —dijo Billy en plan defensivo.

—¿Nada? —repitió Croc Croc con voz ronca—. Vamos a echar una ojeada —alargó la mano y le arrebató el cuaderno antes de que Billy pudiera impedirlo. Croc Croc escudriñó la página, que estaba en blanco a

excepción del encabezamiento: «Deberes». Acto seguido mantuvo el cuaderno en alto y gritó con su voz ronca —: ¡Eh, mirad aquí! Billy Budge no ha hecho los deberes.

Se volvió hacia Billy con una sonrisa malévola en su rostro.

—Voy a enseñar esto a la señorita y te asesinaré —comentó. La idea le satisfizo, y vociferó a la clase—: ¡Eh, la señorita va a asesinarle!

Billy se puso en pie de un salto. Estaba tratando de recuperar el cuaderno cuando la puerta de la clase se abrió. La temida señorita Penny entró. Fijó la vista en los alumnos. Sus ojos, a través de las gafas de concha, eran

iguales a los de la profesora de ciencias examinando especímenes por el microscopio.

Billy se volvió a sentar como si tuviera un resorte. Croc Croc tiró el cuaderno con la intención de que cayera en el pupitre de Billy y le regaló una sonrisa maliciosa.

La señorita Penny paseó la mirada por la clase, esperando con impaciencia a que reinara la calma.

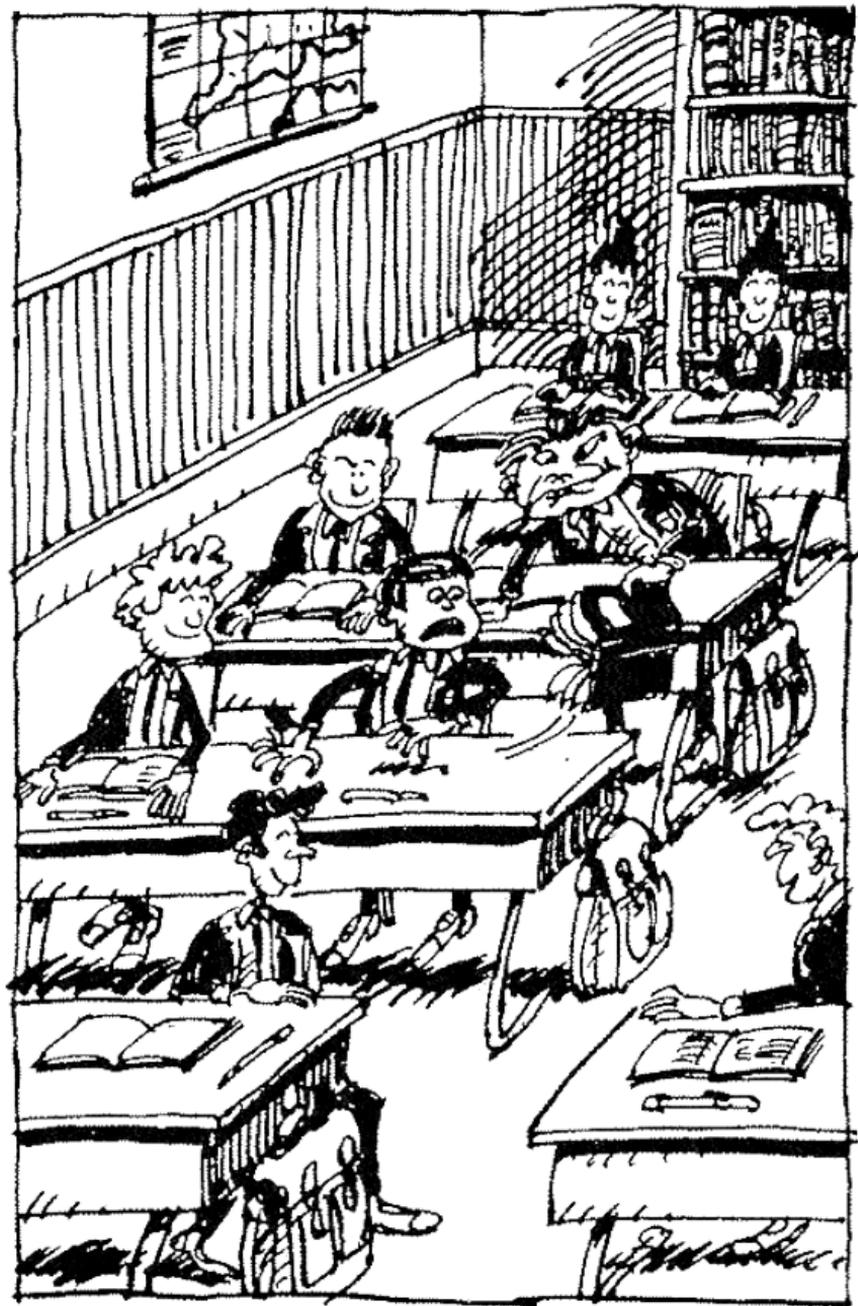
—Buenos días, Catorce B —dijo.

—Buenos días, señorita Penny —coreó la clase con obediencia.

Un silencio aterrador se extendió por toda el aula. Los alumnos se mostraban desasosegados al sentir que

la mirada de la señorita Penny se posaba en ellos.

—No veo muchos libros abiertos — dijo la profesora con frialdad—. Que me atrase unos minutos no tiene por qué suponer que la clase empiece más tarde. Todos sabéis a qué hora debemos empezar y podéis ver el reloj de la pared. Supongo que a estas alturas sabéis leer la hora, ¿no? —contempló la clase una vez más. Creaba una sensación de inquietud donde quiera que posase su mirada—. Bien, no perdamos más el tiempo. Abrid vuestros textos por la página veintidós y continuad con el próximo ejercicio.



En medio del revoloteo de las páginas, una mano se disparó hacia arriba y alguien preguntó:

—Por favor, señorita, ¿se refiere al ejercicio número cuatro?

—No —dijo la profesora como un iceberg—. Ya habéis hecho ese ejercicio en casa —regaló a la clase otra mirada que producía inquietud—. Supongo que todos habéis hecho los deberes —Billy se sobresaltó.

La señorita Penny se sentó junto a su mesa y abrió el cuaderno con la lista. Mientras, los alumnos inclinaron en silencio las cabezas sobre sus libros para enfrentarse a la lucha con el ejercicio número cinco.

—Andrews —llamó la señorita Penny.

—¿Sí, señorita? —contestó el alumno, al que había cogido por sorpresa.

—Trae tus deberes.

El corazón de Billy se hundió hasta lo más hondo de las profundidades del estómago, pues su nombre era el siguiente. Escuchó con desagrado cómo la profesora reprendía al desgraciado Andrews por tener dos operaciones mal y no saber hacer otra.

—Bien, vuelve a tu sitio. A Billy le brotó un sudor frío.

—Budge —le llamó—. Trae tu cuaderno.

Billy recogió su cuaderno dando un traspiés y se dirigió a la mesa de la señorita Penny. Sentía que le pesaban los pies como enormes pesas de plomo. Croc Croc Harris le brindó una sonrisa malintencionada cuando Billy pasó junto a su pupitre.

—Dame tu cuaderno —le increpó la señorita Penny extendiendo la mano.

—Por favor, señorita...

—Espera un momento —dijo la señorita Penny con impaciencia—. Déjame ver tus deberes primero.

—Pero, señorita...

—Dame tu cuaderno —espetó la señorita Penny con mal humor.

No había más remedio que

entregarlo. La señorita Penny se quedó mirando fijamente la hoja en blanco y acto seguido miró la anterior y la que seguía.

—¿Dónde están tus deberes, Budge?

—Por favor, señorita, eso es precisamente lo que le quería decir; señorita, no los pude... hacer.

Billy oyó cómo su propia voz se extinguía gradualmente. Se escuchaban jadeos de horror provenientes de sus compañeros.

—¿No los has hecho? —La señorita Penny se le quedó mirando fijamente, con asombro—. ¿No los has hecho?

—Por favor, señorita, no los pude hacer —suplicó Billy.

La señorita Penny se empezó a recuperar del susto.

—¿Por qué no? Todo el mundo se las ha arreglado para hacerlos —se puso de pie y paseó a zancadas por la clase—. ¿Hay alguien más que no los haya hecho? —preguntó, desafiando a que alguien levantara la mano—. Así que eres el único —repuso con aire triunfante volviéndose hacia Billy—. Todo el mundo se las ha arreglado para hacer los deberes, Budge. Así que, ¿por qué no los has hecho tú?

Billy musitó:

—No sé, señorita.

—¿Qué es eso de no sé? ¿No sé? Me encargaré de ti después de la clase,

Budge. Siéntate.

La cara de Billy se tiñó de rojo escarlata al pasar por donde estaban Croc Croc y sus compinches.

La señorita Penny estuvo de mal talante hasta que se terminó la clase. Regañó incluso a los que tenían una sola operación mal de las que había mandado hacer en casa. Los compañeros de Billy le miraban de una manera desagradable cuando regresaban todos colorados de la mesa de la profesora.

Billy se hundió detrás de su escritorio y se rascó pensativo la cabeza mientras miraba el ejercicio cinco, que era aún peor que el cuatro. Faltaban diez minutos para que se terminara la clase y

Billy sólo había hecho dos preguntas y ni siquiera estaba seguro de que estuvieran bien.

—Tendrías que haber terminado el ejercicio cinco ya —dijo la señorita Penny de manera desafiante.

Billy volvió a mirar las preguntas de la hoja y se rascó la cabeza. ¿Por qué eran tan difíciles algunas sumas?, pensó.

La señorita Penny les explicaba lo difíciles que serían ciertas sumas cuando llegaran a segundo y cómo algunos de ellos —Billy supuso que su mirada se dirigía hacia él— tendrían que sudar tinta para resolverlas.

El chico gruñó para sus adentros. Cerró los ojos y tuvo una repentina

visión de páginas y páginas de sumas que no podía hacer y que se prolongaban hasta el infinito. Los números se hacían más y más grandes hasta que parecía que le iban a enterrar, rodeándole como si fueran docenas de señoritas Pennys de mirada iracunda. Se preguntó a sí mismo si la cosa se podía poner peor. Por lo menos no sería tan grave si supiera la peor suma que le pudieran poner como deber alguna vez. Quizá si la supiera el resto de las sumas no le parecerían tan difíciles.

Una vez más la señorita Penny acababa de volverles a repetir que eran la peor clase del primer año.

—Como deberes para casa, terminad

el ejercicio cinco y haced el ejercicio seis. ¿Alguna pregunta?

La mano de Billy se alzó despacio.

—¿Dime, Budge?

—Por favor, señorita... —dijo Billy titubeando.

—Sí, Budge, ¿qué es lo que quieres?

—Por favor, señorita, ¿cuál es la suma más difícil del mundo?

Una calma silenciosa reinó en la clase y todos los ojos se volvieron hacia Billy. La señorita Penny se le quedó mirando fijamente.

—¿Qué?

Billy repitió la pregunta. La señorita Penny parpadeó. Su mirada atravesó sus gruesas gafas. Le gustaban las

operaciones aritméticas desde sus tiempos de colegio y había hecho cientos, miles, quizá millones. Pero nunca se le había ocurrido pensar en cuál era la suma más difícil que había hecho, sobre todo cuál era la más difícil del mundo. La señorita Penny se ruborizó hasta llegar al rojo carmesí, pues se había dado cuenta de que Budge le había formulado una pregunta que no podía contestar. Miró a Billy y a toda la clase con la esperanza de que surgiera una respuesta y comenzó a sentirse enormemente indispuesta y aturdida.

—Bien, pues —empezó con calma—, algunas sumas son más difíciles que otras, desde luego...

La clase recuperó el aliento, dándose cuenta de que la tan temida señorita Penny estaba a la defensiva.

—Sí, señorita, pero ¿cuál es la más difícil de todas? —voceó Croc Croc Harris. Intuía que tenía una oportunidad de divertirse a costa de la profesora.

—Pues bien, creo que la suma más difícil es... —la señorita Penny estaba ahora tan colorada como un tomate y se apreciaba el sudor en su frente—. Pues bien...

Fuera, en el pasillo, el timbre sonó de repente señalando el final de la clase. A la señorita Penny se le escapó un suspiro de alivio.

—Ya hemos terminado —gritó—.

Vamos, al recreo.

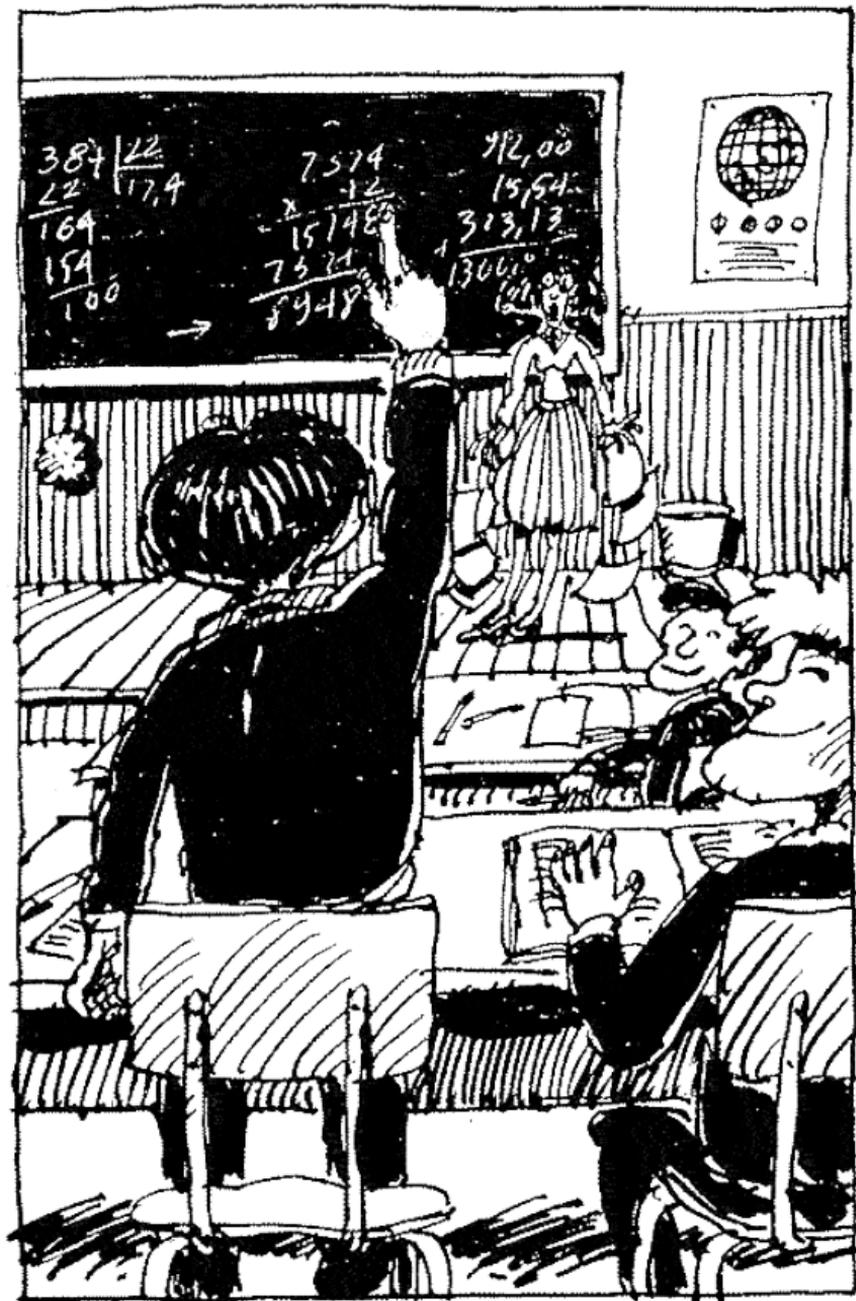
Algunos de los chicos se levantaron apresuradamente, pero se sentaron otra vez cuando recibieron miradas amenazadoras de Croc Croc y sus muchachos.

—Bien, os podéis ir —dijo la señorita Penny de modo impaciente.

La clase apenas se movió. Nadie se levantó.

La mano de Croc Croc se disparó hacia arriba.

—Por favor, señorita, no ha contestado la pregunta —se estaba riendo con esa sonrisa maliciosa tan propia de él.



—Bueno, no tenemos tiempo para eso ahora. Llegaréis tarde al recreo.

Billy empezó a compadecerse de la profesora. Deseaba no haber formulado la pregunta. Levantó la mano.

—Por favor, señorita...

—Ahora no, Billy.

—Pero, señorita...

—Vamos, ¿qué quieres, Billy?

—Por favor, señorita, pensé que quizá usted podría darnos la solución mañana.

—Sí, claro —dijo la señorita Penny con alegría—, sí, cómo no se me había ocurrido. Os daré la solución mañana. Ahora vamos, Catorce B; id en silencio al recreo.

Y con eso la señorita Penny puso pies en polvorosa, olvidándose de que tenía que hablar con Billy sobre los deberes.

Bajó corriendo las escaleras y entró en la sala de profesores. Los otros estaban ya tomando el té de la mañana y quejándose de sus alumnos. La profesora se desplomó en una silla.

—Pero ¿qué te pasa, mujer? —preguntó la señorita Brogan, profesora de religión—. Parece como si te hubieran dado un buen susto.

—Nada de eso —replicó la señorita Penny con sangre fría. Realmente, estaba muy asustada al haber sido vencida por Billy Budge, precisamente por él. Era el

caso más perdido de todas sus clases de matemáticas de primer año. ¿Qué demonios le había inducido a hacer aquella pregunta? Y ¿cómo se las iba a componer para encontrar la solución al día siguiente? La señorita Penny se estremeció ante el pensamiento de tener que enfrentarse a la 14 B otra vez sin la solución. Necesitaba urgentemente ayuda y consejo y se le ocurrió de repente de dónde podía obtenerlos. Rápidamente agarró el teléfono que estaba en la sala de profesores.

—Oiga —dijo—, por favor, ¿está el señor Fletcher ahí? Sí, es urgente. Dígame, ¿es el señor Fletcher? Sé de sobra que tiene que estar muy

ocupado... Sí, soy la señorita Penny... Señor Fletcher, se me había ocurrido si... Sí, claro, estoy estupendamente, gracias... Señor Fletcher, ¿puede venir a verme al colegio mañana por la mañana? Sí, ya sé que tiene que estar con mucho trabajo. Sí, es muy urgente. Sí, pero le estaría eternamente agradecida si... ¿vendrá? Ay, ¡qué maravilla! Sí, claro, mañana por la mañana sobre las nueve. Sí, muchísimas gracias, no sabe lo que se lo agradezco.

3 *El señor Fletcher y la computadora*

AL día siguiente había cierto ambiente de agitación cuando llegaron a clase de matemáticas. Billy entró tarde, como de costumbre, y, en vez de las conocidas miradas de indiferencia, fue saludado con cariño. Incluso le dieron golpecitos en la espalda como si fuera un héroe.

Justo cuando se escondía en su sitio

situado al final de la clase, Croc Croc Harris se volvió y le sonrió con complicidad. Parecía sentir veneración por él.

—La pillaste, ¿eh, Billy? —sonrió malévolamente Croc Croc.

—¡Qué tío grande! —corearon los compinches de Croc Croc—. Pregúntaselo otra vez, Billy. Prometió darte la solución hoy. Asegúrate de que te la da. Pregúntale otra vez.

A Billy le cogió de sorpresa ser tan popular. Nunca había sido el chico más admirado de la clase, y normalmente se conformaba cuando los otros no se fijaban en él, especialmente Croc Croc y sus muchachos. Ahora se sentía muy

bien siendo el centro de atención, pero también estaba preocupado. Parecía haber hallado la vena de aversión, casi odio, que sentían los otros chicos hacia la profesora; pero él no la compartía. Odiaba las clases de la señorita Penny, pero no le había formulado la pregunta para causarle perjuicio y no quería trastornarla ni aturdiría como había sucedido el día anterior. Tenía miedo de que los otros chicos se sintieran defraudados si supiesen cómo pensaba él en realidad, y cada vez que le sonreían y le daban una palmada en la espalda se sentía como un farsante.

No había pensado más en la pregunta que había hecho. El día anterior, tras la

clase de matemáticas, el grupo se había dividido para ir a clase de francés, manualidades o economía doméstica y Billy no había vuelto a ver a ninguno de sus compañeros.

Por la tarde había intentado hacer los dos ejercicios de matemáticas que le quedaban. Con la ayuda de su padre se las había arreglado para dar todo tipo de respuestas a las operaciones aritméticas.

Cuando le dio por pensar en la pregunta que había hecho, se arrepintió de haberla formulado, pues recordaba lo mal que se había sentido la señorita Penny. Pero sus compañeros vieron una oportunidad para sacar provecho de su odiada profesora de matemáticas. Ella

les había hecho temblar a menudo y no iban a desaprovechar la ocasión. Hablaban por los codos y de una manera acalorada mientras esperaban a que llegara la profesora, pero se podía oír cómo pasaban los segundos y seguía sin aparecer.

—Quizá no ha venido hoy —dijo Croc Croc con su voz ronca—. Quizá tiene miedo de Billy.

En ese momento un grito repentino surgió de alguien que estaba cerca de la ventana:

—¡Ahí está!

Acudieron en tropel hacia la ventana. Veintiocho pares de ojos se quedaron fijos mirando el aparcamiento

de profesores. La señorita Penny acudía presurosa para saludar a un hombre alto y corpulento que estaba saliendo de su coche. Los chicos comenzaron a preguntarse quién era aquel tipo, pero nadie lo había visto antes. Se hicieron cábalas sobre qué podría significar su presencia allí.

El hombre mantuvo una corta conversación con la señorita Penny. Después, se apresuraron a entrar en el colegio. Los miembros de la clase 14 B siguieron con la mirada fija en el aparcamiento vacío como si estuvieran hipnotizados, hasta que alguien gritó:

—¡Eh, chicos, daos prisa, estará aquí dentro de nada!

Salieron como balas hacia sus sitios y se sentaron a la expectativa, pero ya no había esa sensación de agitación en el ambiente. Todo el mundo se rompía la cabeza pensando quién sería aquel hombre corpulento y por qué habría venido. ¿Qué podría significar? Empezaron a temer que la pregunta formulada por Billy acabara metiéndolos a todos en un buen lío.

Un instante después, la señorita Penny y el hombre corpulento se apresuraron a entrar en la clase. Parecía aún más alto de cerca y le sacaba un buen trozo a la profesora cuando se puso al lado de ella.

—Buenos días, Catorce B —saludó

con voz áspera la señorita Penny.

—Buenos días, señorita Penny —
musitaron de manera sumisa.

—Hoy gozamos del privilegio de tener entre nosotros al señor Fletcher — dijo la profesora—. Es el coordinador general de matemáticas. Se trata de un hombre muy ocupado, pero ha accedido de buen grado a venir a visitarnos. ¿No es encantador por su parte, chicos?

—Sí, señorita —murmuraron.

El señor Fletcher esbozó una sonrisa. Parecía una serpiente enorme con la boca abierta dispuesta a tragar a cualquiera.

—No os preocupéis por mí, chicos —dijo—. Me meteré en cualquier sitio y

no os daréis cuenta de mi presencia.

Se sentó en un pupitre del rincón. Sacaba seis palmos a todos los chicos que estaban sentados alrededor de él. Acto seguido, extrajo algunos papeles de su cartera y los empezó a hojear haciendo mucho ruido, mientras canturreaba para sus adentros. Los chicos estaban al acecho de todos sus movimientos.

La señorita Penny dio unas palmadas para reclamar la atención.

—Abrid los libros y continuad con el próximo ejercicio —ordenó.

La clase siguió como de costumbre, a excepción del señor Fletcher, que seguía canturreando y haciendo ruido

con sus papeles, y de la señorita Penny, que no llamó a los chicos para calificarles los deberes. Aquello disgustó a Billy, ya que se las había arreglado para hacerlos.

Pero detrás de ese silencio la clase hervía de tensión. La pregunta de Billy pendía de las mentes de todos sus compañeros. Aunque, a decir verdad, ninguno de ellos había reflexionado sobre cuál podría ser la respuesta o, peor aún, por qué podría valer la pena tratar de encontrar la solución.



Los chicos seguían clavando la mirada en Billy. Esperaban que éste volviera a hacer la pregunta. Billy no pudo relegar aquel momento por más tiempo.

La señorita Penny vio cómo levantaba la mano. El señor Fletcher paró de canturrear y de hojear sus papeles. Fue como si un ángel hubiera pasado por la clase.

—Sí, ¿dime, Billy? —dijo la señorita Penny.

—Por favor, señorita, usted me dijo que hoy contestaría mi pregunta.

—¿Qué pregunta, Billy? —le preguntó la señorita Penny fríamente, como si le desafiara a repetirla otra vez.

—Por favor, señorita, ¿cuál es la suma más difícil del mundo?

Los chicos se sobresaltaron al oír un ruido chirriante. El señor Fletcher se levantó de la silla, que se había quejado debido a su peso. Todos los ojos se centraron en él cuando se acercó sin ganas a la tarima del profesor.

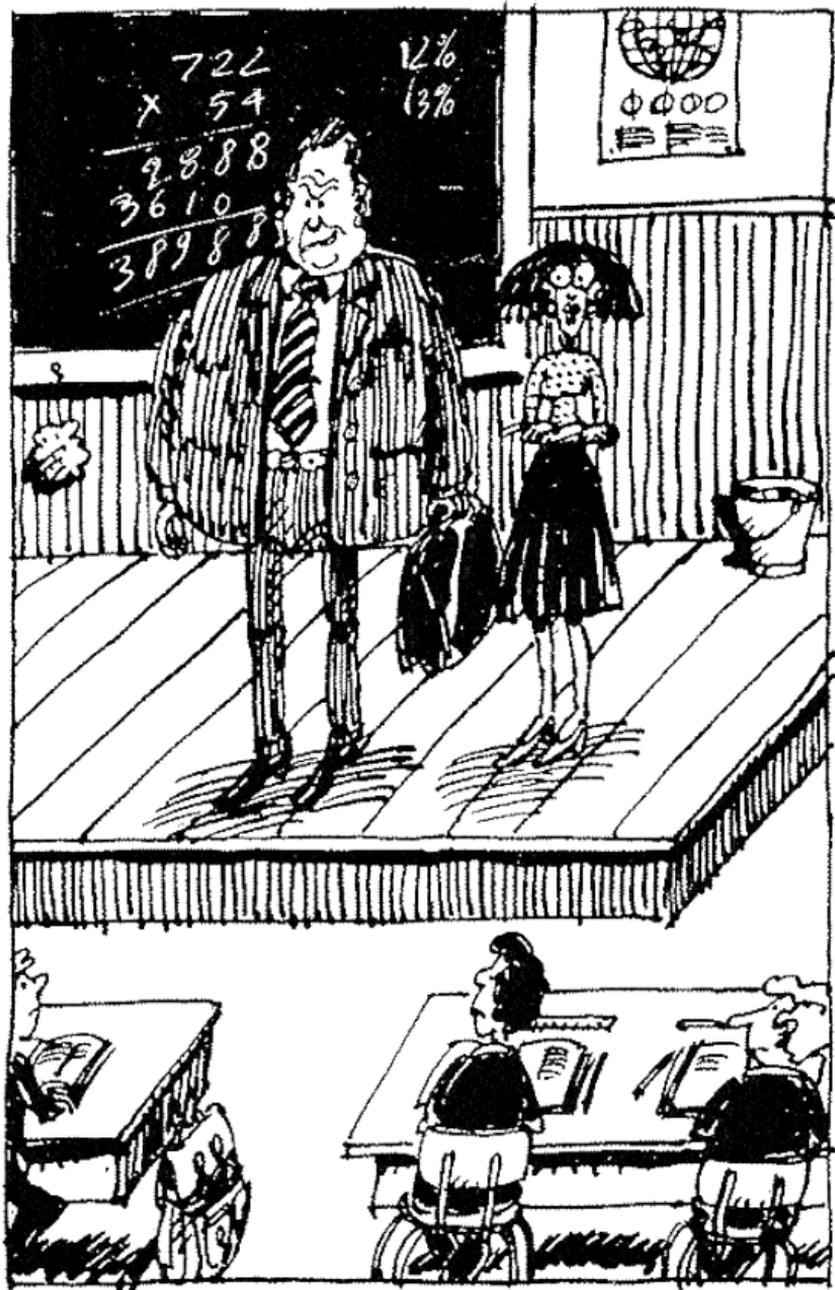
—Ésa es una pregunta muy buena, ¿no le parece, señorita Penny? —y les regaló otra de sus medias sonrisas, que podían convertirse en peligrosas.

—Sí, es una buena pregunta —dijo la señorita Penny.

—Y ¿quién es este joven, señorita Penny?

—Es Billy Budge, señor Fletcher.

—Conque Billy Budge, ¿eh? —el señor Fletcher avanzó un paso hacia adelante y escudriñó a Billy como si no pudiera creer lo que veía. Billy se estaba poniendo muy colorado—. Un matemático joven y agudo. ¿Qué cree usted, señorita Penny?



—Yo no estoy de acuerdo con usted, señor Fletcher.

—No —replicó el señor Fletcher frunciendo el ceño—. ¿Que no? —avanzó hacia Billy y se quedó allí plantado.

Cogió el cuaderno de matemáticas de Billy y lo hojeó emitiendo gruñidos raros que no sonaban nada prometedores. Acto seguido, dejó caer el cuaderno otra vez en el escritorio como si temiera contagiarse de algo.

—¿No te gustan las matemáticas, Billy?

—No, señor, no mucho —contestó el chico, poniéndose aún más colorado que

antes.

—Ah, mmmm —murmuró el señor Fletcher—: ¿Cuánto es, con tres decimales, cinco más dos décimas dividido entre catorce?

—¡Ay! Es... bueno es...

—Vamos, hijo, dejémoslo. Ahora una fácil: ¿cuál es la raíz cuadrada de dieciséis?

Billy se preguntó que córcholis era una raíz cuadrada.

—¿Cuánto es cuatro dividido entre cuatro, multiplicado por dos y todo ello otra vez por dos?

—Es... un... —la mente de Billy se había quedado en blanco. Todos los números le bailaban y se mezclaban

confusamente en su cabeza hasta que no pudo ni captar la pregunta, y menos aún pensar en una respuesta. El señor Fletcher se echó para atrás con una sonrisa de satisfacción.

—Vaya, vaya, Billy no es muy bueno en matemáticas, ¿verdad, señorita Penny?

—No, no lo es, señor Fletcher.

—Bueno, jovencito —dijo el señor Fletcher yéndose hacia las primeras filas—, mi consejo es que trabajes bien las operaciones aritméticas fáciles antes de empezar a pensar en las difíciles. Ya tendrás tiempo de sobra para preocuparte por las difíciles más tarde. Pero —añadió sonriente, pagado de sí

mismo— no creo que tú, joven, tengas que preocuparte nunca sobre cuál es la suma más difícil de todas. No, ni pensarlo, no creo que jamás llegues ahí.

Sonrió maliciosamente, satisfecho de cómo despachaba el problema; pero Billy, que había enrojecido de vergüenza, se puso furioso de rabia. El señor Fletcher le había jugado una mala pasada. Que no hubiera podido contestar a las operaciones del señor Fletcher no significaba que no quisiera saber las otras operaciones aritméticas, las más difíciles. Si el señor Fletcher era tan listo, ¿por qué no podía contestar la pregunta? La señorita Penny estaba tratando de darles permiso para irse de

clase cuando la mano de Billy se disparó para arriba.

—Sí, ¿Billy?

—Por favor, señorita, usted me prometió que me daría una respuesta a mi pregunta.

—El señor Fletcher se ha ocupado de tu pregunta, Billy —dijo la señorita Penny fríamente.

Billy persistió en su empeño.

—Por favor, señorita, no lo ha hecho. No me ha dado la solución.

—Me he ocupado de tu pregunta, joven —dijo el señor Fletcher con severidad.

—No, no lo ha hecho —gritó una voz ronca—. Conteste a su pregunta.

Los otros niños, animados por la interrupción de Croc Croc, empezaron a gritar.

—Venga, conteste a su pregunta —vociferaron—. ¡Explíquele lo que quiere saber!

—Por favor, señor Fletcher —dijo Billy—, si usted conoce la respuesta a mi pregunta, ¿no me la puede decir?

—No, no puedo —contestó el señor Fletcher bruscamente.

—Que os digo yo que no lo sabe —gritó Croc Croc, y los chicos de la clase se sumaron a él.

El señor Fletcher se sentía tenso y su rostro se estaba poniendo cada vez más colorado. No había tenido una

experiencia como aquélla nunca, ni siquiera cuando hizo prácticas como profesor. Los chicos normalmente no habían osado desobedecerle.

—¡Silencio! —gritó.

Por un momento los chicos se asustaron, pero después el ruido del charloteo y de sus gritos comenzó a sentirse de nuevo. El señor Fletcher, con la cara completamente roja, retrocedió dando un paso hacia atrás y tropezó con el pie de la señorita Penny.

—Ay, lo siento muchísimo. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Albergaba la esperanza de que usted sabría cómo arreglárselas, señor Fletcher —dijo la señorita Penny—. Si

al menos supiéramos elaborar la respuesta de algún modo...

—Sí —respondió el señor Fletcher acaloradamente—, ya lo tengo. Realizarla. Eso es. Estupendo, señorita Penny —cogió a la asustadiza señorita Penny por los brazos zarandeándola—. Bien hecho, bien hecho —dijo. Se volvió a la clase y se hizo oír no sin cierta dificultad—. Chicos, tengo la respuesta.

De repente se hizo un completo silencio. Miradas al principio de sorpresa y más tarde de desilusión se esparcieron por los rostros de los compañeros de Billy. Temían que se les hubiera terminado la diversión.

—¿De qué se trata? —preguntó una voz ronca.

—Bueno, sí, ya veréis, chicos; cuando digo que ya lo tengo, no quiero decir que lo tenga en este momento.

Una especie de gruñido de escepticismo se dejó oír en la clase.

—Sólo un minuto, sólo un minuto; lo que quiero decir es que lo puedo conseguir.

La clase se mantuvo a la expectativa, y el señor Fletcher adoptó lo que pensaba sería un tono apaciguador de voz.

—¿Veis, niños? Hoy día la gente no necesita llevar todo tipo de información básica en la cabeza. Almacenamos

información en grandes máquinas llamadas computadoras, y cuando queremos esa información, simplemente vamos y la obtenemos. Y estáis de suerte, porque una de las mejores computadoras del mundo está en la universidad, a pocos kilómetros de aquí y la maneja un amigo mío. Al irme de aquí me coge de camino; así que entraré al pasar y veré a mi amigo, y conseguiré la respuesta a la pregunta de Billy y la tendréis para... vamos a ver... mañana... quizá.

El señor Fletcher y la señorita Penny vieron el cielo abierto, cogieron sus cosas y se apresuraron a salir de la clase. El recreo ya casi se había

terminado y la señorita Penny tuvo que darse prisa para ir directamente a otra clase.

—Gracias por venir en mi ayuda — le dijo al señor Fletcher, pensando al mismo tiempo que no le había servido de mucho.

—De nada, y no se preocupe, señorita Penny, me aseguraré de que el joven Billy obtenga su respuesta.

«Por correo», pensó mientras salía precipitadamente. No había tenido nunca una experiencia así y no estaba dispuesto a que se repitiese.

Pero los líos del señor Fletcher no se habían terminado. Cuando llegó al edificio de la universidad donde estaba

la computadora se encontró con que su amigo tenía un resfriado y no estaba en su trabajo. Le presentaron al técnico encargado de la computadora: un hombre con barba, nervioso, que se llamaba Wright y estaba dispuesto a ayudarlo.

—¿Qué quiere usted hacer con la computadora? —preguntó el señor Wright mientras bajaban por el pasillo.

—Quiero encontrar la respuesta a un problema de matemáticas muy complicado —replicó el señor Fletcher dándose importancia.

Entraron en un cuarto grande y moderno, lleno de máquinas que tenían toda la pinta de ser muy caras. El señor

Wright mostró al señor Fletcher el tablero de mandos. Se parecía a una máquina de escribir con una pantalla arriba como un televisor.

—Si usted mecanografía el problema, el computador le dará la solución —dijo el señor Wright.

El señor Fletcher no sabía escribir a máquina y le llevó mucho tiempo buscar las letras apropiadas antes de que su pregunta saliese en la pantalla. El señor Wright miró por encima del hombro del señor Fletcher y no salió de su asombro cuando leyó la frase:

—¿Cuál es la suma más difícil del mundo?

La computadora permaneció en

silencio durante un momento. Acto seguido, imprimió la respuesta: «¡Vete a freír espárragos!».

El señor Fletcher se quedó mirando con desconfianza a la pantalla y empezó a tornarse púrpura de rabia. Ya era suficiente haber pasado una mañana terrible con aquellos chiquillos tan espantosos, para que encima una estúpida máquina le insultara.

El señor Wright tosió de una manera nerviosa.

—Está programada para contestar así, si los estudiantes le hacen... ejem... preguntas tontas.

El señor Fletcher se estiró hasta llegar a su máxima estatura, luego se

inclinó como una torre sobre el señor Wright.

—¿Está usted sugiriendo que estoy formulando una pregunta tonta? — preguntó de manera desagradable.

—No, bueno, sólo estaba diciendo que... bueno... quizá lo pueda intentar yo —se inclinó sobre la máquina y pulsó varias teclas. Acto seguido, tecleó la pregunta en el panel con mano experta. Los dos estuvieron pendientes de la pantalla con interés. Después de unos instantes, apareció un mensaje en la pantalla: «Falta de datos».

—¿Qué significa eso? —requirió el señor Fletcher. El señor Wright no contestó, pero tecleó un mensaje

pidiendo a la computadora que diera una explicación más completa.

Pasados unos segundos, apareció la respuesta. El señor Fletcher la leyó en voz alta:

—No se ha programado ninguna información que pueda permitir una respuesta a esta pregunta. Una condición previa a tener en cuenta para cualquier pregunta sería el suministrar más información sobre el tema. Por ejemplo, ¿qué quieren expresar con «la más difícil»? ¿La más difícil para quién? ¿Bajo qué circunstancias? En qué... — el señor Fletcher se quedó con la boca abierta—. ¡No sabe! —dijo en tono furioso—. Su máquina no sabe la

respuesta, ¿verdad?

El señor Wright tenía la impresión de que se estaba poniendo colorado como un tomate.



—Bueno, no es que no la sepa. Trata

de decirle que hay algunos problemas concernientes a la respuesta.

—Hay un solo problema —dijo el señor Fletcher enfadado—. ¡Que no sabe la respuesta!

El señor Wright, que se sentía orgulloso de la computadora y de lo que ésta podía hacer, también se estaba poniendo furioso.

—Podría contestar si usted le hiciera la pregunta correctamente —replicó.

—No hay nada que rectificar en mi pregunta —respondió Fletcher echando chispas.

—Pues sí, lo hay —afirmó bruscamente el señor Wright—. ¿Cómo

le diría yo...? Es... tonta.

—¿Tonta? ¿Tonta? —repitió el señor Fletcher—. ¿Cómo se atreve usted a llamarme tonto?

El señor Wright, mudo de rabia, le soltó la primera cosa que le vino a la cabeza:

—¡Y váyase a freír espárragos!

El señor Fletcher salió del edificio como una furia y bufando de rabia. El señor Wright estaba también de un humor de perros. Volvió a su oficina y se sentó, echando pestes de lo maleducado que había estado el señor Fletcher.

—Ya sé lo que hacer —se dijo mientras cogía el teléfono—. Va a ver quién soy yo... Hola. ¿Es el *Daily*

Chronicle? Vale. Tengo una noticia para ustedes.

4 *El Daily Chronicle*

AL día siguiente apareció un artículo sobre el señor Fletcher en el *Daily Chronicle*. Era sólo un recuadro, pero lo leyeron millones de personas que se rieron entre dientes mientras desayunaban. Sin embargo, cuando el jefe del señor Fletcher lo leyó, no le entró risa. Se puso como una furia y juró que eso sería el fin del señor Fletcher como coordinador general de

matemáticas. El fin.

La señorita Penny también lo leyó, y la mayoría de los niños de la clase 14 B lo habían visto o habían oído hablar de él. A estas alturas, se había extendido la noticia de que el señor Fletcher los había visitado el día anterior y cuál había sido la razón de su visita. El colegio era todo murmullos y excitación.

Una de las pocas personas que no habían visto el *Chronicle* era el propio señor Fletcher. Se marchó para su oficina como lo hacía normalmente, sin tener ni idea de todo el alboroto que había suscitado, y se sorprendió al encontrar un mensaje diciéndole que su jefe le quería ver inmediatamente.

—Vaya, Fletcher —refunfuñó el jefe—. Siéntese.

El señor Fletcher se dio cuenta de que estaba metido en un buen lío y empezó a sentirse como una mosca atrapada en una tela de araña.

—Tengo entendido que ayer estuvo usted danzando por ahí —continuó el jefe—. Visitó la universidad, ¿estoy en lo cierto?

—Sí, me dejé caer por allí unos minutos —contestó el señor Fletcher haciendo cábalas sobre cómo había llegado la noticia hasta el jefe. Quizá el técnico se había quejado por el altercado que habían tenido.

—En el departamento de

computadoras, ¿no? —refunfuñó el jefe.

—Sí, justo ahí, señor. Y si a usted le ha dicho algo el técnico, me gustaría decir...

—¿Cómo técnico? —interrumpió el jefe—. ¿Técnico? Pero ¿se puede saber de qué está usted hablando?

—La cosa es que, señor, hubo algún problema con el técnico...

—Éste es el único problema que le debe preocupar —dijo bruscamente el jefe arrojándole el *Daily Chronicle* por encima de la mesa—. ¿Sabe usted que ha convertido usted este departamento en un hazmerreír? Me han llamado media docena de consejeros esta mañana gritando como locos. Otros

periódicos, emisoras de radio, reporteros de televisión, ninguno me ha dejado en paz... No me importa decirle, Fletcher, que será un milagro si sigue trabajando en este departamento después de que se haya pasado este alboroto. Un auténtico milagro.

El señor Fletcher se sentía en el limbo. Estaba con la mirada vacía puesta en el *Chronicle*, leyendo una y otra vez el recuadro de la parte de arriba. Rezaba así:

EXPERTO EN
MATEMÁTICAS SE
VUELVE COMO UNA
CHOTA

Una computadora hace quedar en ridículo a un experto en matemáticas.

James Fletcher, asesor de matemáticas del Departamento de Educación Keyside, requirió cierta información de una computadora de la universidad. Ésta le contestó: «Váyase a freír espárragos».

El señor Fletcher se quejó de que la máquina se había equivocado.

Pero un miembro del equipo de mantenimiento comunicó: «La computadora está programada para dar

respuestas sin sentido a preguntas sin sentido».

—Pues bien —dijo bruscamente el jefe—, ¿tiene usted algo más que añadir?

El señor Fletcher se quedó mirando fijamente el periódico y movió la cabeza.

—No lo entiendo —dijo pausadamente—. ¿Cómo se han podido enterar?

—Eso no importa —vociferó el jefe—. El caso es que se ha metido en un buen lío esta vez, Fletcher. Un buen lío. Y no parará aquí, créame.

En las oficinas del *Daily Chronicle*

el director también había estado leyendo la sección de noticias. Hizo un esfuerzo por coger el teléfono. Llamó a su oficina a uno de sus mejores reporteros.

—Este artículo de la página tres sobre el experto en matemáticas y la computadora —dijo cuando llegó el reportero— me huele a una historia que puede dar más de sí. Desplázate a la universidad y averigua qué es lo que este individuo estaba preguntando a la computadora.



—De acuerdo, jefe —contestó el

reportero.

Apenas había transcurrido una hora y el periodista había visto ya al técnico en computadoras de la universidad y sabía cuál había sido la pregunta del señor Fletcher. ¿Por qué demonios querría formular una pregunta como ésa?, se preguntaba el reportero. Sólo había una manera de descubrirlo.

El señor Fletcher estaba sentado en su oficina, disgustado todavía por la entrevista con el jefe, cuando sonó el teléfono.

—¿El señor Fletcher? Soy Craig Grant, del *Daily Chronicle*.

—¿Del *Daily Chronicle*? —contestó el señor Fletcher, tratando de razonar—.

¿Del *Daily Chronicle*?

—Es mi intención descubrir el porqué de esa pregunta a la computadora de la universidad, precisamente esa pregunta.

—¡El *Daily Chronicle*! —resopló el señor Fletcher—. Tiene usted la cara de llamarme. ¿Sabe usted que ha hecho de mi departamento un hazmerreír? Los consejeros se han puesto como furias. ¿Sabe usted que sería un milagro si permanezco en mi trabajo después de todo este alboroto? ¿Sabe usted...?

—Mantenga el tipo. Mantenga el tipo —interrumpió el reportero.

—¡Que mantenga el tipo! —repitió el señor Fletcher—. ¿Usted mantendría

el tipo si estuviera en estas circunstancias?

—Sólo se trata de permanecer tranquilo —replicó el reportero—. Nunca se sabe, podríamos hacer algo por usted.

—¿Qué podrían hacer?

—Nunca desestime el poder de la prensa, jefe —dijo el reportero—. Si le hemos puesto en un apuro, también le podemos sacar de él.

—¿Podrían? —preguntó el señor Fletcher más animado.

—No hay ninguna pega —dijo el reportero—. Dígame exactamente lo que pasó.

De este modo, el señor Fletcher le

contó lo de la pregunta de Billy, la llamada de la señorita Penny pidiendo ayuda, cómo era la clase 14 B y el problema con la computadora.

—Genial —dijo el reportero—. No se preocupe. Déjelo en mis manos. Le convertiré en un héroe de la noche a la mañana.

—Ah —dijo el señor Fletcher, no teniéndolas todas consigo y sin estar seguro de que quisiera ser un héroe.

—No hay ninguna pega —dijo el reportero—. Por cierto, le mandaré un fotógrafo para que le haga una foto. Y usted no se preocupe, todo va a salir a pedir de boca.

—A pedir de boca —dijo el señor

Fletcher sin fiarse mucho.

El reportero se hizo acompañar de un fotógrafo y se fue derecho a la escuela de segunda enseñanza de Dashwood. Mientras esperaba a que la señorita Penny terminara una clase, preguntó a las secretarias lo que sabían acerca de Billy y de su pregunta. Salió al pasillo y entrevistó a chicos que en ese momento no tenían clase. Además, habló con el hombre que se encargaba de las reparaciones cuando éste pasó por delante de él con la escalera y la caja de herramientas. A la hora de la comida el reportero tenía gran cantidad de información sobre Billy y lo que había ocurrido. Si bien es cierto que no

todo lo que le contaron era exactamente la verdad, y parte del asunto estaba mal enfocado.

La señorita Penny se mostró sorprendida al encontrar al reportero esperándola en el pasillo. Y aún se asombró más cuando le dijo que le habían informado de que era ella la persona responsable de la gran devoción que sentía el joven Billy por las matemáticas.

—Ay, bueno, no creo... — tartamudeó la señorita Penny—. No, él no es exactamente...

—No debe ser usted tan modesta — dijo el reportero—. Es una gran obra modelar mentes jóvenes y sensibles.

no sólo por parte de sus compañeros, sino también por parte de chicos de las demás clases e incluso de los profesores. Chicos a los que no conocía le habían dado palmaditas en la espalda y le decían: «Bien hecho, Billy», cuando pasaban por su lado por los pasillos. Incluso alumnos mucho mayores le habían parado para preguntarle cómo había conseguido que el señor Fletcher tratara de usar la computadora. Pero también le preocupaba el asunto, pues sentía temor ante la sospecha de que el señor Fletcher volviera al colegio y le echara la culpa de todo el lío.

A la hora de la comida trató de apartarse de los otros escondiéndose en

un rincón del patio. Pero le localizaron rápidamente e indicaron al reportero dónde estaba. Éste le había estado buscando por todo el colegio, muy a disgusto del director.

—Hola, Billy —dijo el joven reportero sentándose a su lado—. ¿Sabes quién soy?

—No, señor —contestó Billy con educación.

—Soy Craig Grant, del *Daily Chronicle* —se presentó el periodista, sonriendo de una manera forzada y echando hacia atrás un rizo de su pelo rubio que le caía siempre sobre la cara—. Apuesto algo a que has oído hablar del *Daily Chronicle*.

—Sí, señor —dijo Billy temiendo que el señor Fletcher hubiera mandado al reportero para reprenderle por lo de la computadora.

—Me han dicho que has estado causando algunos problemas a tus profesores —comentó Grant con una sonrisa maliciosa—. ¿Por qué no me lo cuentas todo?

—Bueno... Siento que el señor Fletcher tuviera problemas con la computadora. No lo hice adrede.

—Uy, no te preocupes de eso —dijo el reportero—. Cuéntame lo de la pregunta.

—Sencillamente, pregunté a la señorita Penny cuál es la suma más

difícil del mundo —dijo Billy, haciendo cábalas de por qué el *Daily Chronicle* estaba tan interesado en el tema.

—¿Qué te hizo preguntar eso?

—No lo sé —contestó Billy con sinceridad. Con el alboroto que se había armado por lo del señor Fletcher y la computadora, la mente se le había quedado en blanco. Trataba de ordenar los pensamientos y recordar lo que específicamente había querido saber cuando al principio de todo hizo la pregunta, pero estaba hecho un lío. Le parecía que había pasado mucho tiempo desde anteayer.

—Tienes una auténtica sed de conocimiento, ¿eh?

—Supongo que sí —dudó Billy. No estaba ni un ápice seguro de lo que significaba sed de conocimiento.

—Esto marcha —dijo el reportero mientras garabateaba en su cuaderno de notas y retenía la historia en su cabeza. «Escolar confunde a sus profesores y a una computadora», y pensaba: «Aquí hay materia. Podría incluso aparecer en portada».



A la madre de Billy la despertaron temprano al día siguiente. Se dio cuenta de que el teléfono estaba sonando, y cuando estiró el brazo con torpeza para alcanzar el aparato desde debajo de las sábanas, se fijó en el despertador. Se frotó los ojos y miró otra vez. Sí, eran las 6,30 de la mañana, exactamente.

—Hola —dijo una voz clara en el teléfono—. Aquí Radio Keyside. Es acerca de la pregunta que ha hecho su hijo. Nos gustaría conseguir algo para nuestro boletín de las siete de la mañana. Me puede usted dar algunos detalles del chico. Ya sabe usted, la asignatura en la que tiene mejores notas, lo orgullosa que usted se siente de él,

etcétera.

—¿Cómo? —La madre de Billy parpadeó y trató de dar sentido a lo que había oído—. Pero ¿quién es usted? —preguntó, mirando el reloj una vez más.

—Se lo acabo de decir —respondió la voz, irritada—. Radio Keyside.

—¿Sabe usted qué hora es? —preguntó la madre de Billy.

—Son las seis y treinta y dos de la mañana —contestó la voz alegremente—. Debería escucharla, ¿sabe? Interrumpimos nuestros avances cada siete minutos por la mañana.

—Sé qué hora es —respondió la madre de Billy, furiosa.

—Ah, entonces, bien —dijo la voz

—. Ahora, hablando de la pregunta que su hijo va haciendo por ahí...

—Pero ¿qué pregunta? ¿De qué está usted hablando?

—Su hijo, Billy Budge. La historia en el *Chronicle*: «Escolar desconcierta a los cerebros».

—¿Qué historia? ¿De mi Billy?

—Tiene que haberlo visto —dijo la voz, pero la madre de Billy ya no escuchaba. Estaba tratando frenéticamente de despertar al padre del muchacho.

—Brian, Brian, hay un hombre al teléfono que dice que ha salido algo de nuestro Billy en el *Chronicle*. Brian, despiértate.

Una voz profunda que salía de debajo de las sábanas dijo somnolienta:

—Pasa de eso. Es la llamada de un chiflado.

—No, te confundes, Brian. Es una emisora de radio. Dicen que nuestro Billy está en el *Chronicle* —tiró con fuerza de la ropa y destapó al padre de Billy—. Deprisa, Brian —vociferó—, vete y compra un periódico —acto seguido, entró como una bala en el cuarto de Billy gritando—: Vamos, Billy, levántate. Esta vez sí que te has lucido. ¿En qué lío te has metido?



Cuando Billy estuvo lo bastante despierto para empezar a explicar a su madre lo que había ocurrido, el teléfono sonó otra vez. Sonó dos veces más antes de que el padre de Billy volviera del quiosco con un ejemplar del *Chronicle*.

Descolgaron el teléfono y se reunieron alrededor de la mesa de la

cocina. Billy y su madre todavía no se habían vestido. El padre se había puesto un jersey y unos pantalones encima del pijama.

Esta vez no había salido un pequeño recuadro en una página interior, sino un gran reportaje cubriendo casi toda la portada con fotografías del señor Fletcher, de la señorita Penny y del propio Billy.

—Billy —dijo la madre con un nudo en la garganta—, ¿qué has hecho?

El chico se sobresaltó. «Ya sabía yo que habría un lío por esto», pensó.

El padre de Billy, que ya había ojeado el reportaje mientras volvía del quiosco, empezó a leerlo en voz alta.

Decía así:

ESCOLAR
DESCONCIERTA A
LOS CEREBROS

Un escolar ha desconcertado a su profesora y a un experto en matemáticas con una pregunta que no pudieron contestar.

Incluso una computadora fue derrotada a causa de la pasión de Billy Budge por el conocimiento de las matemáticas.

El regordete de once años

quería saber cuál es la suma más difícil del mundo.

Billy, un alumno de primer año de la escuela de segunda enseñanza de Keyside, formuló esta pregunta a su profesora de matemáticas.

La señorita Mónica Penny, responsable de las matemáticas de primero, llamó al asesor de matemáticas James Fletcher.

La señorita Penny dijo textualmente: «Billy y sus compañeros de clase se mostraron muy incisivos para encontrar la respuesta».

El señor Fletcher,

coordinador de matemáticas de todos los colegios de Keyside, trasladó la pregunta a la computadora de la cercana Universidad de Keyside. Al habla con el Chronicle, el señor Fletcher dijo: «La computadora no tenía una sola pista, ni la tenía tampoco el técnico, para decirles la verdad».

Billy le comentó a nuestro reportero ayer: «No sé por qué hice la pregunta. Supongo que es que tengo sed de conocimientos».

Pero a pesar de los denodados esfuerzos de sus

profesores, Billy está todavía esperando una contestación.

Cualquier persona que tenga alguna respuesta, que se ponga en contacto con el Chronicle.

Billy no podía creer lo que oía. La madre de Billy tampoco. Pero el padre de Billy comenzó a reírse maliciosamente.

—Qué bien, ¿eh? —dijo.

La madre se enfadó.

—¿Qué quieres decir con qué bien? ¿Qué hay de bueno en ello? ¡Nuestro Billy apareciendo en los periódicos! Perfecto, ¿eh? Tienes que estar loco.

Eres igual de desastre que él. Debéis de estar locos los dos —se volvió hacia Billy—. ¿Por qué no nos lo contaste? —preguntó. Acto seguido, antes de que pudiera responder, se volvió otra vez al padre—. ¿Sabías algo de esto, Brian?

El padre de Billy sacudió la cabeza.

—Sí, ¿por qué no nos dijiste nada de esto, Billy? —preguntó suavemente.

Billy también se lo preguntaba. Había pensado decírselo a sus padres la noche anterior, pero no sabía por qué no lo había hecho. Le parecía todo tan poco real, casi como si lo hubiera soñado, que había sentido miedo de que pensarán que se lo había inventado. De todas formas, lo habría dicho si hubiera

sabido que iba a salir en la portada del *Chronicle*.

—Anda, venga —dijo su madre, enfadada—. Contesta a papá. ¿Por qué no nos lo dijiste?

Pero antes de que Billy pudiera articular palabra, alguien llamó con los nudillos en la puerta de la casa.

—Vaya, ¡maldita sea! —dijo la madre, levantándose para abrir la puerta—. Y no te creas que me he olvidado de ti —reprendió a Billy con el dedo mientras se dirigía a la puerta—. Quiero una respuesta.

Cuando abrió la puerta de par en par se encontró con dos hombres. Uno de ellos llevaba una máquina fotográfica

colgada del cuello. Por lo aparatosa que era debía de ser carísima.

—Hola, cielo —dijo uno de los hombres—. Vive aquí Billy Budge, ¿no?

—Sí —dijo la madre de Billy, enfadada—. ¿Qué quieren? Yo soy su madre.

—¿Su madre? —respondió el hombre riéndose maliciosamente—. Qué va, se está quedando conmigo. Tiene que ser su hermana. Usted no parece lo suficientemente mayor como para ser su madre.

La madre de Billy se puso colorada.

—Bueno, me han dicho que parezco más joven de lo que soy —replicó, olvidándose por completo de enfadarse.

—Querida, pertenecemos a la *Gazette* —replicó el mismo hombre—. Sólo queremos cambiar unas impresiones con el joven genio y con sus padres, que se sentirán orgullosos. Jim, tenemos que sacar algunas fotografías a esta señora tan encantadora.

—Por favor, no —dijo la madre de Billy—, todavía no me he peinado —y se fue como una bala a arreglarse para que la fotografieran.

5 *Billy se convierte en una estrella*

DOS cosas importantes le sucedieron a Billy la semana siguiente a la historia del *Daily Chronicle*: llegaron las vacaciones veraniegas y se convirtió en una estrella.

El final del tercer trimestre, el de verano, el que culminaba en las largas vacaciones, era siempre un tiempo

emocionante para Billy. El chico esperaba con interés que el colegio se terminase y pensaba en todo lo que se iba a divertir con sus amigos en las vacaciones. Pero hasta entonces nunca le había ocurrido nada como aquello.

Tan pronto como su madre superó el susto de ver el nombre de Billy en el *Chronicle*, se volvió complaciente y se sintió orgullosa al igual que el padre. Ella decidió pedir un permiso especial en el trabajo para pasar las vacaciones con el chico. Había charlado apasionadamente con el hombre de la *Gazette* y le había dicho que siempre había sabido que Billy iba a conocer el éxito porque una gitana se lo había dicho

cuando era un bebé. El hombre de la *Gazette* había tomado nota de todo en su cuadernillo mientras el fotógrafo sacaba fotografías. Una de las fotografías apareció en la portada del periódico al día siguiente con un encabezamiento que rezaba así: «Brian y Pauline Budge, orgullosos de su hijo el niño prodigio, Billy».



Cuando la madre de Billy lo leyó le preguntó al padre, que estaba afeitándose en el cuarto de baño:

—Brian, ¿qué es un niño prodigio?

—Significa que es listo —fue la respuesta.

—Ya lo sabía yo —contestó la madre dándole un abrazo a Billy.

No era sólo la *Gazette* la que llamaba. Periódicos locales y nacionales, emisoras de radio y televisión, todos llamaban queriendo más información, más fotografías, más detalles de cómo era Billy de pequeño, cómo eran sus amigos, lo que hacía en su tiempo libre, si tenía hermanos, cuánto tiempo llevaban casados sus padres, dónde se habían conocido, por qué y cómo y cuándo y miles de otras cosas.

Y lo cierto es que no era sólo a Billy

y a su madre y a su padre a los que les formulaban preguntas desde la mañana a la noche. Otros reporteros consiguieron entrevistas con la señorita Penny y el señor Fletcher, quien a estas alturas se había convertido en un héroe por tratar de ayudar a Billy a encontrar la respuesta que quería. Su jefe se había olvidado por completo de echarle y estaba pensando en darle un empleo mejor.

El principal objeto de interés para los periódicos era Billy, gracias a la historia del *Chronicle* y al concurso que había comenzado.

Un montón de sumas empezaron a inundar la oficina del *Chronicle*. El

editor volvió a llamar a su reportero.

—Buen chico —le dijo—. Has hecho un trabajo excelente, pero no se va a quedar ahí. Este asunto está realmente empezando a pegar fuerte. Está cautivando la imaginación del público y, si lo manejamos bien, podemos doblar nuestras ventas diarias. Vamos a convertir esto en un concurso y vamos a dar un premio de diez mil libras al ganador, el que envíe la suma más difícil del mundo. ¡Piénsalo, Grant! Estamos en verano. Los periódicos lo pasan fatal buscando noticias. En esta temporada las ventas de los periódicos siempre bajan. Pero a nosotros no nos va a ocurrir. Vamos a incrementarlas de

tal manera que nuestros competidores se morirán de envidia. Este chiquillo va a amasar el dinero para nosotros. El premio de diez mil libras no será nada comparado con lo que sacaremos con las ventas extra. Vete y escribe un suelto para mañana anunciando que el *Chronicle* no regatea gastos para ayudar a Billy en su búsqueda de conocimientos.

Cuando el concurso se anunció, la cosa surtió el efecto deseado. Periódicos y cadenas de televisión de todo el mundo utilizaron la foto de Billy y contaron la historia de su búsqueda de la suma más difícil. Gente de Europa, América, Japón, de los desiertos de

Australia y de las junglas de Brasil conocieron la cara de Billy, leyeron su historia y empezaron a seguirla con interés creciente en los boletines que diariamente sacaba el *Chronicle* sobre qué operaciones habían recibido, quién las había enviado y quiénes parecían ser los próximos ganadores.

Escolares, profesores, eminentes catedráticos y sabios conferenciantes inundaron el *Chronicle* con sumas. Y como el número de participantes crecía cada día, se empezó a pensar que decidir el nombre del ganador sería una tarea casi imposible. Pero el director había estado en lo cierto: las ventas se habían incrementado masivamente y se

tuvo que echar mano de un equipo extra para llevar la imprenta en un turno de veinticuatro horas, todo el día para poder hacer frente a la demanda.

Para la familia de Billy la vida se había convertido en una larga serie de entrevistas. El teléfono sonaba sin parar. Los periodistas preguntaban si Billy había visto las últimas sumas en el *Chronicle*. ¿Sería Billy un catedrático de matemáticas cuando fuera mayor? ¿Era verdad que hacía logaritmos a la edad de dos años? Billy se rascaba la cabeza y se preguntaba qué serían los logaritmos. ¿Era su padre un experto en computadoras?

—No me hagan reír —dijo el padre

de Billy, y se rió lo suficientemente alto para que le oyeran los vecinos.

¿Billy sería jurado del concurso?

—Lo dicen en broma, ¿no? — replicó la madre.

Ni a media noche dejaban en paz a la familia Budge. Desde el otro extremo de la tierra —allí es de día cuando aquí es de noche— llamaban para obtener la información más reciente sobre el concurso del *Chronicle* y formular más preguntas. La madre de Billy debía ir a tientas en la oscuridad para descolgar el teléfono y hablar con un reportero de Sídney, Nueva York o Río de Janeiro.

Al principio, la publicidad era divertida. Gente que Billy apenas

conocía le paraba por la calle cuando iba a comprar el periódico y le decían lo listo que era. Había señoras que se acercaban a la madre de Billy y le decían:

—Hola, querida, la he visto en televisión. Usted es la señora cuyo hijo es el protagonista de ese concurso del periódico, ¿no?

Vecinos a los que casi no conocían los saludaban de repente como amigos a los que se ha perdido de vista hace tiempo:

—Estaba usted fenomenal ayer por la noche en la televisión.

—Vi su foto en el periódico otra vez esta mañana.

Los Budge habían hecho cientos de nuevos amigos y cada vez que salían hacían todavía más.

A todas horas y desde todo el mundo llegaban sacas llenas de cartas para Billy. Había cartas de escolares que pensaban que Billy sabía muchas matemáticas y le pedían ayuda para hacer los deberes. Había cartas de gente a quien le gustaba hacer operaciones aritméticas y otras de gente que pensaba que las operaciones eran aburridas y deberían desaparecer. El concurso daba a las personas la oportunidad de decir cosas que habían estado pensando desde los tiempos del colegio. Todo el mundo opinaba sobre el concurso y la mayoría

de ellos creían que eran los únicos que tenían razón. Billy observaba los montones de cartas y se rascaba la cabeza. ¿Su madre le obligaría a contestarlas todas como hizo cuando su tía May le escribió para su cumpleaños?

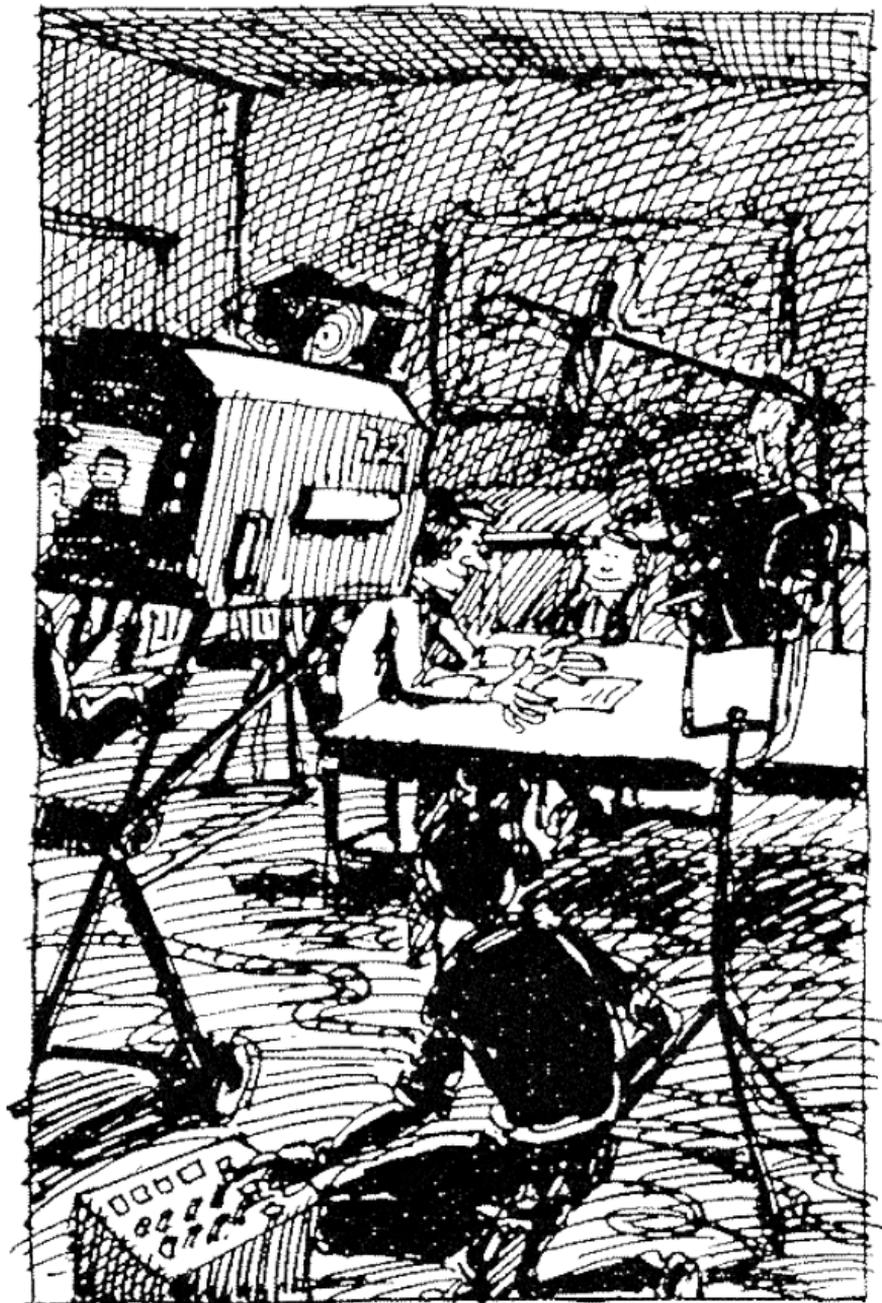
—Tenemos ya bastantes como para empapelar el salón —solía decir ella cuando el cartero llegaba con más cartas.

—Podrá empapelar la cocina también —decía el cartero sonriendo maliciosamente.

Prácticamente todos los días un equipo de la televisión británica o del extranjero llamaba a la puerta para hablar con Billy y con sus padres. Antes,

Billy casi nunca veía las noticias de televisión y jamás se le había ocurrido pensar cómo las recopilaban. Si alguien le hubiera pedido que describiera un equipo corriente de televisión, no habría sabido por dónde empezar. Pero rápidamente aprendió que todo equipo incluía un cámara, una persona que registrara el sonido y un reportero, y algunos equipos contaban con gente extra para ayudar al cámara o al hombre del sonido. Otra cosa que todos los equipos tenían en común era cantidades de aparatos: enormes proyectores, cámaras fotográficas, máquinas grabadoras y kilómetros de cable. Lo colocaban todo en la sala de estar

mientras la madre de Billy iba nerviosa de un sitio para otro diciéndoles que tuvieran cuidado y no arañaran los muebles; les traía el té, y corría por todas partes con un paño por si se derramaba algo sobre la alfombra.



Otra cosa que Billy no sabía era que muchas cadenas de televisión extranjeras tenían sus propios corresponsales en Gran Bretaña.

Un día les visitó un equipo de televisión japonés. Estaba compuesto por cuatro hombrecitos vestidos elegantemente que sonreían y hacían reverencias con mucha educación.

—Devuelve la reverencia —le dijo su madre muy bajito. Billy devolvió la reverencia y los hombres japoneses devolvieron la reverencia a su vez. Parecía que todos iban a quedarse allí pegados, haciendo reverencias en el umbral de la puerta hasta que el padre de Billy volviera a casa.

Otro día apareció por allí un equipo de americanos. Hablaban arrastrando las palabras. A Billy le sorprendieron llamándolo «señor». A su madre le decían «señora».

Vinieron también de Francia, Italia, Australia, Oriente Medio e incluso algunos países de Suramérica.

Algunas de las entrevistas que grabaron las mostraron en el telediario o en una revista de la televisión británica. Pero la mayoría de los equipos enviaban sus cintas grabadas allende los mares, a sus propios países.

—No sé para qué todo este lío si después de todo no podemos ni vernos en la televisión —la madre de Billy

solía decir aquellas palabras a los corresponsales extranjeros mientras trataba de pasar saltando entre una maraña de hilos en una carrera de obstáculos, de cables y aparatos colocados en la sala de estar. Pero Billy estaba fascinado porque los hombres de la tele contestaban pacientemente a sus preguntas acerca del equipo y después le dejaban accionar las cámaras o manejar las máquinas grabadoras.

A medida que pasaban los días, los miembros de la familia Budge empezaron a sentirse hartos de todo el asunto. La madre de Billy se volvió irritable, y cuando el padre volvía a casa de su trabajo, decía furiosa:

—Claro, para ti está muy bien. Como no estás aquí en todo el día... Estoy ya harta de todo esto. No puedo tener ni un momento de paz, y qué me dices del teléfono sonando siempre y los periodistas llamando a la puerta todo el día. No puedo acercarme al supermercado, ni siquiera a la tienda de la esquina, sin que la gente me señale con el dedo y me pregunte todo lo concerniente a Billy. No encuentro tiempo para hacer nada; sólo contestar el teléfono, ir a la puerta y responder a preguntas estúpidas durante todo el día. ¡Ya estoy harta!

El marido asentía con la cabeza y le pasaba el brazo alrededor de los

hombros con cariño. Nadie echaba la culpa a Billy, pero él sabía que había sido la causa de todo, y que no le regañaran o echaran la culpa le hacía sentirse peor, especialmente cuando veía a su madre tan enfadada.

Para Billy, la abuela era estupenda. Le llamó por teléfono desde casa de la tía May.

—¿Qué ha estado urdiendo mi listo hombrecito desde que me fui? —le preguntó—. La abuela te vio en la tele anoche y pensé: ahí está mi hombrecito en la televisión. La abuela siempre se ha sentido orgullosa de ti —Billy sonrió. Si eso le hacía a la abuela sentirse orgullosa de él, merecía la pena,

después de todo.

Lo que más le disgustaba a Billy era no poder salir a divertirse con sus amigos como había hecho durante las vacaciones anteriores. Las semanas pasaban y, al final, regresaría al colegio sin haber salido para nada con ninguno de sus compañeros.

Una mañana llamaron a la puerta. Billy fue a abrir esperando encontrar otro reportero en busca de una entrevista, pero se sintió sorprendido y complacido al ver que era Jumbo Gibbs, de pie en el umbral de la puerta.

—¿Sales? —preguntó Jumbo.

—Claro —dijo Billy ansiosamente; luego lo pensó mejor y añadió—:

Bueno, se lo voy a preguntar a mamá. Está en el baño —y gritó para que le oyera desde arriba—: Mamá, ¿puedo salir con Jumbo?

—Sabes de sobra que no —llegó la respuesta con tono de enfado—. Precisamente te acabas de arreglar porque vienen los del *Chronicle*, y no voy a consentir que te ensucies. ¡Ni se te ocurra salir ahora, Billy!

—Por favor, anda, mamá —le rogó Billy.

—No, Billy, y es mi última palabra. ¿Por qué no subís a tu cuarto a jugar?

—¿Quieres ir arriba a jugar? —preguntó Billy de mala gana.

—Bueno, vale —dijo Jumbo.

Se sentaron en la cama de Billy y trataron de pensar en algo que pudieran hacer sin salir o ensuciarse.

—¿Has visto a alguien del cole? — preguntó Billy.

—Sí, hombre, vi a Croc Croc y al resto ayer —contestó Jumbo—. Todos te han visto en la tele y en los periódicos.

—Sí, claro —dijo Billy. Le parecía que hacía siglos que no había visto a los otros miembros de la clase 14 B.

—¿A qué se parece?

—¿A qué se parece el qué?

—El salir en la tele.

Billy pensó a qué se parecía.

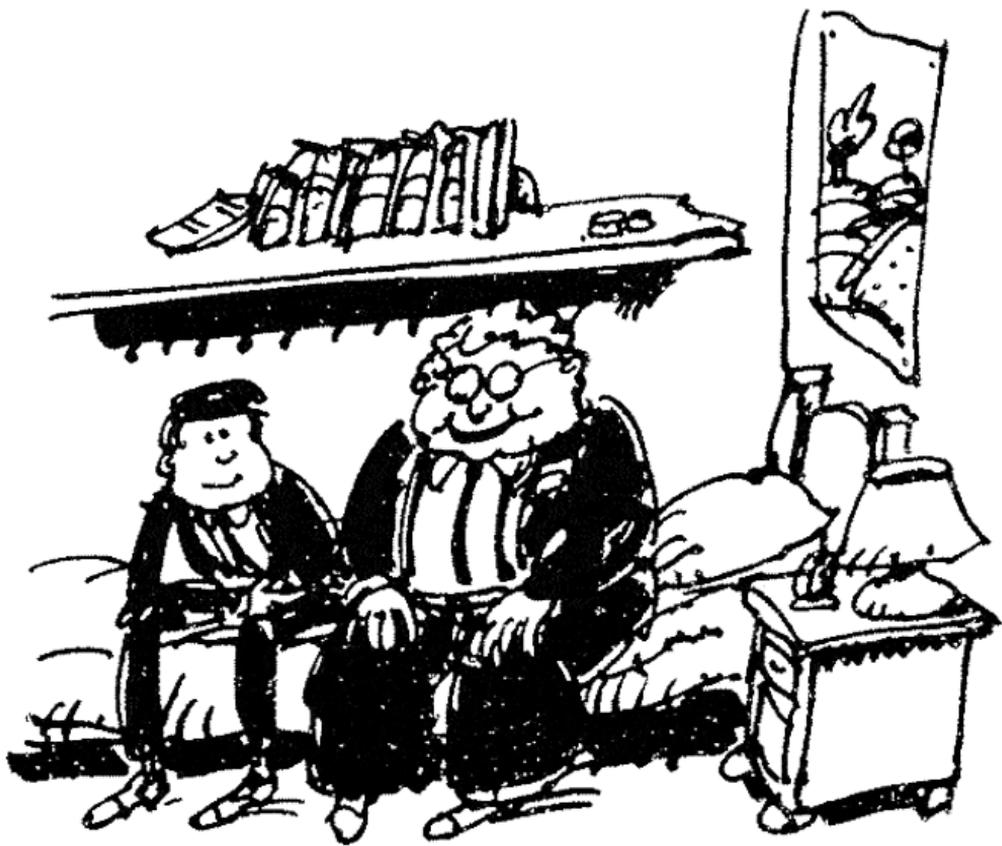
—No está mal —respondió. Luego, después de un rato, añadió—: No resulta

todo tan bien como piensas que va a ser.

—A mí no me importaría salir en la tele —comentó Jumbo.

—Mi madre dice que cada vez que ve a alguien del equipo de la tele en la puerta le da dolor de cabeza —dijo Billy.

—Y ¿por qué?



—Porque dejan la sala de estar hecha una porquería con todos los aparatos que llevan, y además tardan un montón.

—No les lleva tanto tiempo cuando

se ve en la pantalla —respondió Jumbo—. Sólo se tarda un minuto o dos en contestar unas preguntas.

—Pero es que no es realmente así —dijo Billy.

—¿Por qué no?

—¡Qué sé yo! Supongo que nada es nunca tan fácil como piensas que va a ser —respondió Billy nostálgicamente.

Después de un rato, Jumbo dijo:

—Pero ¿entonces a tu madre no le gusta que salgas en la tele?

—¡Qué sé yo! —contestó Billy—.

Al principio, sí. Pero ha acabado harta.

—Yo no acabaría harto —dijo Jumbo, imaginándose rodeado de reporteros que le formulaban preguntas

mientras los fotógrafos disparaban sus *flashes*—. Sería como sentirse un artista de cine.

—Quizá a los artistas de cine no les divierte tanto como tú crees —dijo Billy—. De todas formas, a sus madres no las deben acuciar tanto los reporteros.

—¿Te arrepientes de haberlo hecho, entonces?

—Hecho ¿el qué?

—El haber formulado esa pregunta a la señorita Penny —dijo Jumbo.

Billy se preguntó a sí mismo si realmente se arrepentía. Quizá si hubiera sabido todo el lío que iba a causar a sus padres... Pero, de todas maneras...

Los pensamientos de Billy se vieron

interrumpidos por la voz de su madre,
que venía de abajo:

—¡Billy! —gritaba—. ¡Date prisa!
Ya están aquí.

6 *El ganador*

No había día durante las vacaciones que el reportero del *Chronicle*, Craig Grant, no visitara o telefonara a la familia de Billy. Necesitaba más información para la crónica que publicaba cada jornada.

Tras los primeros días, las noticias sobre el concurso pasaron de la portada a una página del interior, pero siempre había una nota en la primera página que

indicaba dónde se encontraba la información sobre la suma más difícil. Era lo primero que buscaban la mayoría de los lectores cada mañana.

Craig Grant se había devanado los sesos uno y otro día para poder decir cosas nuevas sobre Billy y el concurso y mantener al público interesado en la historia. Había entrevistado a todos los parientes de Billy, incluidos aquellos que no sabían de él desde hacía años, que le habían contado lo orgullosos que estaban de Billy y lo inteligente que era de bebé.

Había hecho entrevistas a los profesores de Billy del parvulario y de primera enseñanza, entrevistas a los

vecinos, al dueño del quiosco donde Billy iba a buscar el *Chronicle*, y a la anciana que bajaba a pasear su perro por las mañanas y saludaba a Billy cuando iba camino del colegio. Había interrogado a famosos matemáticos, a la gente que había mandado sumas al *Chronicle* y a personas que decían tener poderes y ser capaces de predecir el resultado del concurso. Todos los adivinos se confundieron, pero ahora nadie lo recordaba y el *Chronicle*, por supuesto, no iba a hablar del tema.

Después de semanas de pensar en nuevas ideas sin apenas esperanza, Craig Grant se mostraba muy contento de que el concurso estuviera terminando.

Prefería que le echaran de su puesto en la redacción a que le encargaran escribir otra historia sobre Billy y su pregunta. Si no hubiera sido por las frecuentes charlas con el director, Grant no habría sido capaz de seguir durante tanto tiempo como lo había hecho.

—Estás haciendo un trabajo magnífico —le solía decir el director cuando Grant subía al grandioso despacho situado en el ático del edificio del periódico—. Nuestras ventas han batido niveles insospechados en un tiempo récord, gracias a ti y a ese muchacho, Billy, o como quiera Dios que se llame. Los otros periódicos se mueren de envidia. Esto ha sido lo

mejor que ha podido ocurrir jamás para la tirada de nuestro periódico. Mantenla, Grant. Mantenla. ¿Con qué nos vas a sorprender en el periódico de mañana?

—No lo sé, señor —contestaba Grant—. Se me han ido todas las ideas. Soy incapaz de pensar en inventar otra cosa sobre el concurso. Realmente creo que ha llegado el momento de que alguien me releve durante algún tiempo...

—Tonterías —le decía el director interrumpiéndole—. Tengo una fe ciega en ti, Grant. Sé que nos darás algo bueno mañana. Sigue, Grant. Sigue.

Y de este modo, Grant se solía desplomar en la silla giratoria de su

pequeño despacho y se estrujaba el cerebro para escribir otro artículo sobre Billy o su familia o el concurso.

Pero ahora todo aquello había pasado. Grant había hecho las disposiciones finales para anunciar el ganador y la entrega de las diez mil libras como premio al día siguiente. Billy y su madre serían invitados de honor en el acto.

Billy y Jumbo encontraron a Grant esperando en la sala de estar con un fotógrafo y una mujer joven elegantemente vestida. La madre de Billy les estaba diciendo precisamente lo emocionada que se encontraba por la ceremonia.

—Hola, Billy —dijo Grant—. ¿Quién es éste? —preguntó apuntando a Jumbo. Billy los presentó—. ¡Qué bien! —dijo el reportero—. Haz unas cuantas fotos, Bert.

El cargador de la cámara hizo click y Billy y Jumbo parpadearon, deslumbrados por los cegadores flashes de luz.

—Bueno, mañana es el gran día —dijo Grant—. ¿Te sientes emocionado, Billy?

—Sí —dijo Billy haciendo verdaderos esfuerzos para sentirse emocionado, y preguntándose al mismo tiempo por qué no lo estaba.

—¿Dirías que te sientes abrumado

de emoción? —preguntó Grant.

—Supongo —contestó Billy preguntándose cómo sería eso de sentirse abrumado de emoción. ¿Cómo se sabía cuándo uno estaba así? «El señor Grant lo tiene que saber —pensó Billy—. Tiene que haber visto a muchas personas abrumadas por la emoción».

—Billy —dijo Grant—, te quiero presentar a nuestra directora de promoción, la señorita Verónica Lively —se adelantó hacia la joven elegantemente vestida. Ésta observó a Billy a través de sus grandes gafas ahumadas.

—¡Dios mío! —exclamó sonriendo ampliamente—. Así que éste es el

pequeño experto en matemáticas.

Billy miró a su alrededor, pensando que se refería a otra persona; pero no, era él, pues se le había quedado mirando y de repente se apoderó de su mano para estrecharla con cariño.

—Encantada —dijo la señorita Lively rebosante de alegría.

—Verónica se encargará de planificar la presentación de mañana —dijo Grant.

—¿No es emocionante, Billy? —dijo su madre—. ¡Mañana es el gran día!

—Sí —dijo Billy, e hizo un gran esfuerzo por sonreír, pero no tuvo mucho éxito.

Más tarde, cuando ambos chicos se sentaron en el sofá comiendo emparedados de mantequilla de cacahuete que la madre de Billy les había preparado antes de irse a comprar, Billy dijo en tono meditativo:

—Por lo menos, mañana obtendré la contestación que quería, me figuro...

—No pareces muy contento con el tema —comentó Jumbo entre bocado y bocado.

Billy tenía que reconocer que era verdad y que estaba preocupado.

—Es emocionante... —comenzó—, pero...

—Pero ¿qué?

—Que me ha cogido desprevenido.

—Pero ¿qué te figurabas? —le preguntó Jumbo con aire perplejo.

—No lo sé —dijo Billy—. Parece como si todo llevara consigo un lío terrible. Yo sólo pensaba que la señorita Penny podría contestar a mi pregunta y que ahí acabaría el asunto.

—Eso no fue lo que le dijiste al periodista.

—No, claro —respondió Billy—. No le podía decir una cosa así, después de todas las molestias que se había tomado.

—Supongo que no —dijo Jumbo, acabando lo que le quedaba del emparedado—. ¿Piensas entonces que ha sido todo una pérdida de tiempo?

Billy pensó intensamente. No podía creer que hubiera ocurrido aquello. No compensaba, después de todo, el lío que había significado para tantas personas, y los problemas que había causado a la señorita Penny, al señor Fletcher y a sus padres.

—Le hace a uno reflexionar —dijo finalmente.

—¿Sobre qué?

—Sobre nada en especial —dijo Billy, luchando por encontrar palabras para lo que quería expresar—. Te hace precisamente reflexionar sobre las cosas. Relacionarte con cosas de las que no sabías nada, te hace pensar en otras cosas y darle vueltas al porqué, y al

cómo.

Jumbo se quedó perplejo ante su amigo.

—Uy —exclamó, preguntándose qué demonios se traía Billy entre manos.

Durante un rato permanecieron en silencio. Jumbo se mostraba preocupado por lo que querría decir Billy. Por fin Billy dijo:

—¿Jumbo?

—Sí, ¿qué?

—¿Cuál es tu nombre? Quiero decir tu verdadero nombre.

Jumbo parecía aún más preocupado.

—¿Por qué lo quieres saber?

—No lo sé —dijo Billy—. Se me ocurrió pensarlo.

Después de una larga pausa, Jumbo dijo:

—David.

—¡David! —exclamó como si nunca hubiera oído el nombre antes—. Pero, entonces, ¿por qué todo el mundo te llama Jumbo?

—Yo qué sé —contestó su amigo—. Me llaman así.

—¿Te puedo llamar yo David? —preguntó Billy.

—Sí, claro, vale —respondió Jumbo.

—¡Qué dos, lo serios que estáis! —dijo la madre de Billy, que llegaba corriendo con algunas cosas para el té—. ¿De qué estáis hablando?

—Pues de cosas —respondió Billy.

—A la cama pronto esta noche, Billy —gritó su madre desde la cocina mientras andaba con los cacharros—. Mañana tenemos que madrugar.

A la mañana siguiente, la madre de Billy se levantó de la cama tan pronto como se paró el despertador. Gritó con voz chillona:

—¡Brian! ¡Billy! ¡A levantarse! ¡Vamos a perder el tren! ¡Vaaamos!

Billy se descubrió una oreja cautelosamente y oyó el ruido de agua que llenaba la bañera. Su madre le llamó otra vez para que se levantara. Se destapó con desgana y salió de la cama como pudo.

Billy y su padre salieron de sus cuartos al mismo tiempo. Ambos iban medio dormidos y chocaron entre sí. El padre le sonrió y le acarició el cabello.

—Hoy es el gran día, ¿eh, hijo? — comentó.

—¡Sí, papá! Me gustaría que vinieras con nosotros.

—Y a mí —dijo él—, pero ahora no puedo perder ni un minuto de mi trabajo. Tu madre se ocupará de ti. Está muy emocionada, indudablemente. Hace siglos que no la he visto tan emocionada por algo.

—¿Está abrumada por la emoción? —preguntó Billy con curiosidad.

—¿Eh? Ah, ¿quieres decir como

dicen los periódicos?

—Sí, eso mismo —dijo Billy.

—No lo sé —respondió su padre rascándose la cabeza—. Sí, supongo que podríamos decir que lo está.

—¿Cómo lo puedes saber? —preguntó Billy.

—Vosotros dos ¿os vais a mover ya de una vez? —gritó una voz chillona pero amortiguada por la distancia desde el cuarto de baño—. Si no cogemos ese tren, yo no voy. No voy a aparecer allí tarde. Nos queda sólo una hora para arreglarnos e ir a la estación.

—¿Te das cuenta de lo que quiero decir? —preguntó el padre de Billy con una sonrisa.

A pesar del miedo de la madre, llegaron a tiempo e incluso les sobraron unos minutos. Como había dicho el padre de Billy, su mujer estaba más emocionada que nunca. Se había puesto su falda de color crema con una chaqueta y una bonita blusa de volantes y sus mejores zapatos de tacón alto. Llevaba los labios pintados de rojo intenso. Despedía nubes de perfume por cualquier sitio que pasaba.

Billy se había puesto el traje gris que le habían comprado para la boda de su hermana Helen. Su madre le había comprado una camisa nueva y una corbata. Billy pensó que habían confeccionado la corbata con el fin

exclusivo de estrangular a la gente lentamente. Se retorció dentro del cuello de la camisa y se encontraba muy incómodo.

—Estate quieto, Billy —le repetía su madre una y otra vez.

—Diviértete, hijo —le dijo su padre—. Cuánto me gustaría estar allí. Pensaré en ti. Estoy realmente orgulloso —abrazó a Billy y a éste le pareció intuir unas lágrimas brillando en sus ojos.

De repente surgió un ruido bárbaro, un bocinazo afuera en la calle, y su madre gritó:

—¡Es el taxi!

Cuando salieron soltando perfume y

«adioses», fueron saludados por gritos de regocijo y vieron, para su sorpresa, que la calle estaba a reventar de gente. Billy parpadeaba atónito y miraba a la muchedumbre que le vitoreaba. Todos sus vecinos estaban allí, y mucha gente del barrio. Billy miró a su alrededor y vio al dueño del quiosco y a la anciana que le saludaba cuando sacaba su perro a dar una vuelta.

—Bien hecho, Billy —gritaron todos—. Buena suerte —el quiosquero era el que llevaba la voz cantante.

Billy saludaba con la mano a todo el mundo y se sentía como un héroe. La verdad es que tenía algo de héroe para la gente de esa calle, pues él y su

pregunta la habían hecho famosa. Reporteros y equipos de televisión se habían desplazado hasta allí y habían entrevistado y fotografiado a muchos de los vecinos. Éstos se habían sentido como si fueran celebridades. Y todo era a causa de Billy. Ahora sentían la suerte de Billy como suya y le vitoreaban y saludaban una y otra vez y le volvían a vitorear, hasta que el taxi que llevaba a Billy y a su madre a la estación hubo desaparecido de su vista completamente.

Un automóvil grande y negro estaba esperándolos en la estación de Londres y rápidamente los llevó a través de las calles bulliciosas. Billy se quedó mirando con los ojos muy abiertos los

edificios, tan altos y grandiosos, la masa de gente y el tráfico que embotellaba las calles. Por fin, el coche los condujo a la puerta de un hotel que tenía una pinta imponente. Colgado a lo largo de la fachada había un estandarte enorme que rezaba así:

—*¡El Daily Chronicle revela la suma más difícil del mundo!*

Esperándolos en las escaleras estaban el periodista Craig Grant y Verónica, la joven elegantemente vestida que lo había planificado todo. Verónica se lanzó hacia adelante y les estrechó la mano con cariño.

—Señora Budge, Billy —dijo rebosante de alegría—, es un gran

placer —los condujo a un enorme vestíbulo, tan grande como una catedral, por el que la gente corría de un lado a otro. Los empleados del hotel, con uniformes impecables, iban y venían del salón donde iba a tener lugar la conferencia llevando la comida para el almuerzo frío. Había fuentes de carne fría dispuestas con extremo cuidado, ensaladeras bien surtidas, salsas que tenían un aspecto delicioso, cestas de pan, pasteles que hacían la boca agua, sabrosos bollos y deliciosos postres. Otros llevaban cubiertos, platos, vasos, tazas, manteles y flores y plantas para decorar el salón y las mesas.

Mujeres jóvenes tan elegantes como

Verónica, vestidas con trajes azules y con sus nombres en pequeñas etiquetas prendidas de las solapas, pasaban rápidamente llevando papeles y carpetas. Su aspecto era muy oficial. Comprobaban sus notas constantemente. Billy pensó que nunca había visto a tanta gente corriendo tanto de un lado para otro, ni siquiera en los pasillos del colegio cuando ya había dejado de sonar el timbre. Y empezó a experimentar algo de la emoción que todo el mundo parecía sentir.

Verónica miró presurosa su reloj.

—Estamos casi listos —dijo tratando por todos los medios de parecer rebosante de alegría—. Estamos

ultimando los preparativos —y arrancó de allí a Billy y a su madre para llevarlos a un salón tranquilo donde tomar café.

Cuando les fue a recoger una hora más tarde, era como si hubiera ocurrido un milagro. El vestíbulo estaba vacío como por arte de magia, a excepción de algunos clientes del hotel que leían el periódico. Verónica los condujo al salón de conferencias. Todo estaba en su sitio exacto como si ése hubiera sido siempre su lugar. Cubertería, platos, ensaladeras, cestas de pan, plantas y flores descansaban cuidadosamente sobre los blancos e impolutos manteles de las mesas que inundaban el salón. El

vestíbulo estaba lleno de gente. Los camareros, vestidos con chaquetilla blanca y sujetando una bandeja en la mano, ofrecían bebidas. La mayoría de los invitados eran personal del *Daily Chronicle*. Charlaban a gritos mientras sorbían sus bebidas. Otros eran concursantes que habían mandado al periódico sus soluciones para optar al premio. Era muy fácil distinguirlos de los demás porque iban a su aire, parecían nerviosos y no se sentían a gusto a medida que crecía la tensión.

A Billy y a su madre los acomodaron en el sitio de honor, en la mesa principal al final del salón. Tenía un aspecto muy señorial, montada en un estrado y

rodeada por tantas plantas que era como estar sentado en un claro de la selva. Hecho un manojo de nervios y retorciéndose dentro del cuello de su camisa, Billy escudriñaba el enorme salón a través de las plantas.

—Estate quieto, Billy —murmuró su madre—. Siéntate derecho.

De repente, un foco iluminó el extremo del salón y trompeteros con uniformes rojos se alinearon a cada lado de la entrada. Verónica apareció en la puerta y, a una señal suya, los trompeteros acometieron una fanfarria que rompía el tímpano. Cuando las últimas notas se extinguieron gradualmente, un hombre vestido de

esmoquin reclamó la atención:

—Señoras y señores, les pido que den la bienvenida a nuestro anfitrión, el director del *Daily Chronicle*.

Todo el mundo se levantó y aplaudió de manera ruidosa cuando el director entró. Éste saludó con la mano y sonrió ampliamente. Caminó con grandes zancadas hacia la mesa principal y volvió a sonreír y a saludar otra vez. Acto seguido, se giró hacia Billy, se apoderó de su mano y la apretó como si fuera su intención arrancarle el brazo.

—Así que aquí tenemos al joven... joven... el muchacho que puso en marcha todo esto —sonrió el director pensando en todos los periódicos que

habían vendido—. Y usted debe de ser su madre. Tiene usted un chico muy listo. No olvidaremos su nombre fácilmente.

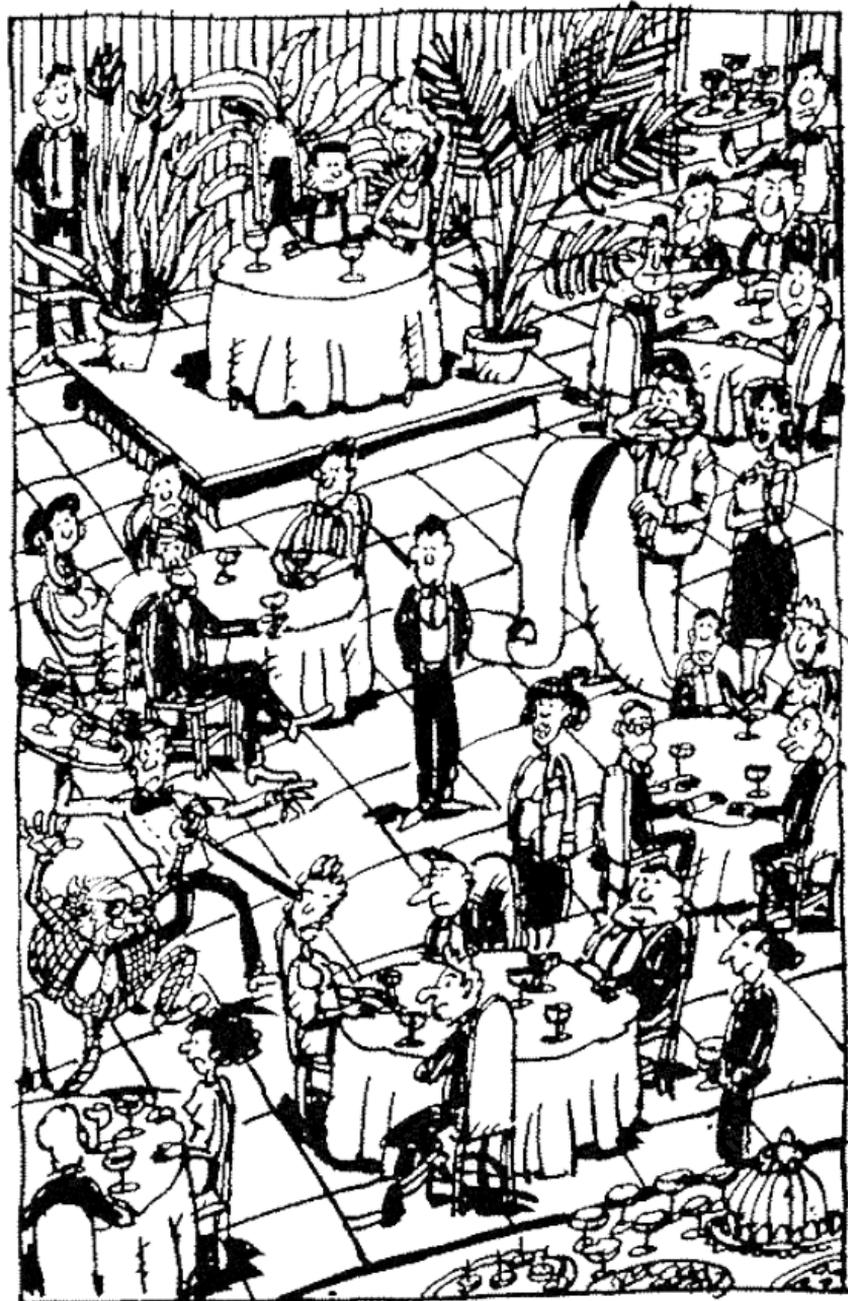
El director se situó en el centro de la mesa y comenzó un largo discurso sobre cómo había transcurrido el concurso y lo prodigioso que era Billy. Éste se puso colorado y trató de esconderse detrás de las plantas. Las personas que habían mandado soluciones se retorcían nerviosamente en las sillas y deseaban que el director anunciara el nombre del ganador. Cuando terminó el discurso, el director llamó por señas a un hombre que estaba esperando junto a una máquina enorme a un lado del salón.

—Y ahora llamaré para que, por medio de nuestro télex, la solución ganadora nos sea enviada directamente desde la universidad donde distinguidos matemáticos han metido todas las soluciones en la computadora para el proceso de análisis y selección.

Billy no pudo evitar sonreír, pues recordaba que, debido a la computadora de la universidad, el *Chronicle* se había visto envuelto y ésa era la causa de que todo hubiese empezado. ¿Le diría la máquina al director: «Vete a freír espárragos»? El hombre encargado del télex le dijo algo al director.

—¿Qué? —exclamó éste hecho una furia, y contestó malhumorado en voz

baja. El hombre volvió corriendo hacia la máquina y empezó a teclear urgentemente mensajes en el tablero.



El director se volvió hacia la audiencia y, sacando fuerzas de flaqueza, trató de sonreírles como si todo fuera sobre ruedas.

—Pero, primero, señoras y caballeros —dijo—, me gustaría añadir unas palabras sobre las medidas que estamos tomando para mantener el extraordinario incremento en las ventas que hemos experimentado últimamente.

La gente que había enviado sumas gruñó y se desplomó en sus sillas cuando el director se lanzó a lo que tenía todo el aspecto de ser otro discurso muy largo. Pero, de repente, fue interrumpido por el télex, que volvió a la vida imprimiendo ruidosamente el

mensaje en un rollo de papel muy largo. Durante un momento se hizo el silencio en el salón, a excepción del pitido de la máquina. Poco después, alguien gritó en tono excitado:

—¡Ya sale!

Hubo un revuelo al lado de la máquina. La gente se abría paso a codazos para conseguir un sitio donde poder ver el mensaje que salía impreso. En el rollo de papel se grababan cifras tras cifras. Un caballero con gafas grandes y gruesas y largas patillas reconoció las cifras y empezó a bailar muy emocionado gritando:

—He ganado, he ganado.

Finalmente la máquina se calló y el

hombre que estaba a su cargo cortó el largo rollo de papel impreso. Las chicas vestidas de azul empezaron a acomodar a la gente otra vez en sus sitios y ya por fin, con alguna dificultad, consiguieron tener a todos sentados, incluso al señor mayor que había estado corriendo de un lado a otro, tan emocionado, diciendo a todos que él era el ganador.

El director miró la suma, ahora cortada en media docena de hojas, y frunció el entrecejo como si aquello fuera chino. Con la ayuda de Verónica y Craig Grant encontró al fin el nombre y domicilio del ganador en la hoja de arriba y lo anunció en voz alta. Efectivamente, se trataba del señor

mayor. Éste saltó y bailó gritando:

—Ya les dije que era yo. Ya se lo dije.

Había como una barrera de fuego debido a los flashes cegadores. El público se regocijó y aplaudió cuando el director mostró las hojas agitándolas por encima de su cabeza.

—Ésta, señoras y señores, es la suma más difícil del mundo —gritó.

Le entregaron al director una hoja con los detalles del ganador. Él la leyó en voz alta. Entonces, cuando más flashes procedentes de las cámaras fotográficas llameaban y todo el mundo aplaudía, le hizo entrega al caballero de las 10 000 libras del premio. Después,

el ganador agradeció el premio al *Chronicle* y afirmó que había estado la vida entera estudiando matemáticas. Ahora planeaba pasar unas largas vacaciones en el extranjero gracias al dinero obtenido.

Después de aplaudir durante mucho tiempo, la audiencia se dispersó y comenzó el almuerzo. Todos charlaban emocionados, comentando el resultado del concurso. Billy se quedó rezagado detrás de su madre y, tan pronto como pudo, se escabulló y volvió al sitio que había ocupado antes. La suma más difícil del mundo yacía abandonada y olvidada sobre la mesa. Billy la recogió y trató de encontrarle algún sentido.

Estaba intentando descifrar una página especialmente difícil cuando Craig Grant y el ganador se acercaron.



—Así que, ¿qué piensas tú, Billy?
—preguntó el reportero con una sonrisa.
—Pues que no lo entiendo muy bien

—dijo Billy con calma—. Es una operación muy difícil, ¿no?

El señor se inclinó y echó una ojeada a la hoja que Billy sostenía en sus manos.

—Ése es el resultado —dijo—. La suma está en esas otras páginas.

—¡Ah! —contestó Billy, hecho un lío—. Es muy difícil, ¿no?

—Es la suma más difícil del mundo —sentenció el señor sintiéndose orgulloso—. Es ya oficial.

—Qué maravilla, ¿eh? —dijo el reportero. Billy se conformó con mirarla y quedarse pensativo.

7 *Otro viaje*

ENTRE la casa de Billy y el parque estaban situadas la bulliciosa calle Mayor y diversas calles tranquilas con casas grandes y antiguas, todas ellas alineadas en la dirección del parque. Billy iba de vuelta a casa por una de estas calles. Daba patadas sin ningún propósito a una lata que habían tirado en la acera.

Estaba dándole vueltas en su cabeza a la final del concurso del *Daily*

Chronicle. Ya habían pasado dos semanas, pero para Billy parecía como si hubieran pasado dos años, pues su vida había cambiado mucho desde aquel momento. La tarde del reparto de premios había habido algunas llamadas de otros periódicos y de cadenas de televisión, y el *Chronicle* y otros diarios se habían ocupado de la historia al día siguiente. Luego, la publicidad se paró tan repentinamente como había empezado. La irrupción constante de reporteros y fotógrafos llamando a la puerta a la caza de entrevistas y de fotos cesó. Los periodistas tenían que dedicarse a nuevas historias. El teléfono, que había sonado

constantemente día y noche, de repente se quedó como muerto. Billy, su familia y la búsqueda de la suma más difícil del mundo se convirtieron en noticias de ayer, en periódicos viejos que la gente utilizaba para envolver paquetes o hacer cucuruchos en los que llevar el pescado frito y las patatas.

Para Billy y sus padres el silencio tenía algo de maléfico. La madre se solía despertar en medio de la noche obsesionada porque el teléfono no sonaba con llamadas de América, Australia, Hong Kong o Tailandia. Las llamadas telefónicas y las solicitudes de entrevistas se habían convertido en un fastidio que todos habían aprendido a

tolerar. Sin embargo, cuando desaparecieron, se encontraron suspirando por una llamada más, sólo una llamada. Pero ésta no se presentaba.

Los vecinos que permanecieron en la calle y vitorearon a Billy y a su madre cuando fueron a la final, habían vuelto a la rutina normal de todos los días. La familia Budge también trataba de volver a la suya. La historia de la suma más difícil era una aventura que los vecinos recordarían algunas veces y contarían a sus amigos y parientes o a los extraños que se encontraran en la sala de espera del doctor o en el tren. Pero ya no formaba parte de su vida diaria. Perteneecía al pasado.

A pesar de las súplicas de Billy, su madre había vuelto al trabajo.

—Ya he consumido las vacaciones de este año y del próximo —dijo—. Si no vuelvo al trabajo ahora, no encontraré un empleo después.

Billy se quedó solo, tratando de encontrar algo para ocupar el resto de sus vacaciones. Su madre aparecía siempre a la hora de la comida. Tenía veinte minutos para comprobar que todo estaba en orden y que Billy había comido lo suficiente. Billy pasaba el resto del tiempo viendo la televisión. El cuerpo no le pedía pescar, jugar al fútbol o pasear con sus amigos, como solía hacer en vacaciones. No tenía

ganas de ver a ninguno de los de la clase
14 B. Estaba seguro de que le
preguntarían cómo se sentía siendo un
personaje importante al que
entrevistaban en la tele, y si había sido
emocionante el concurso y cuál era el
resultado. No quería hablar del tema. No
quería ni siquiera pensar en ello. Billy
dio una patada final a la lata y ésta se
fue rodando por el bordillo de la acera
hasta caer en el canalillo. Después se
marchó despacio a casa, sin ganas.
Había salido esa tarde sólo porque
Jumbo le había llamado, pero no se
había divertido. Habían tratado de matar
el tiempo en el parque, pero parecía que
Billy no tenía nada especial que hacer o

que contar y, cuando divisó a algunos de su clase, se inventó una excusa diciendo que tenía que regresar pronto a casa. Mientras caminaba con cierto hastío, se le iban escurriendo los calcetines. Billy sacudió la cabeza tristemente. Se le habían esfumado las vacaciones. Habían comenzado llenas de proyectos y ahora se terminaban así. Sólo le quedaba un día antes de volver al colegio y a la clase de matemáticas de la señorita Penny.

Su madre estaba ya en casa cuando entró. Al ver el semblante tan triste que tenía Billy, no tuvo agallas para regañarle por llevar los zapatos sucios y los calcetines caídos. Se limitó a decir:

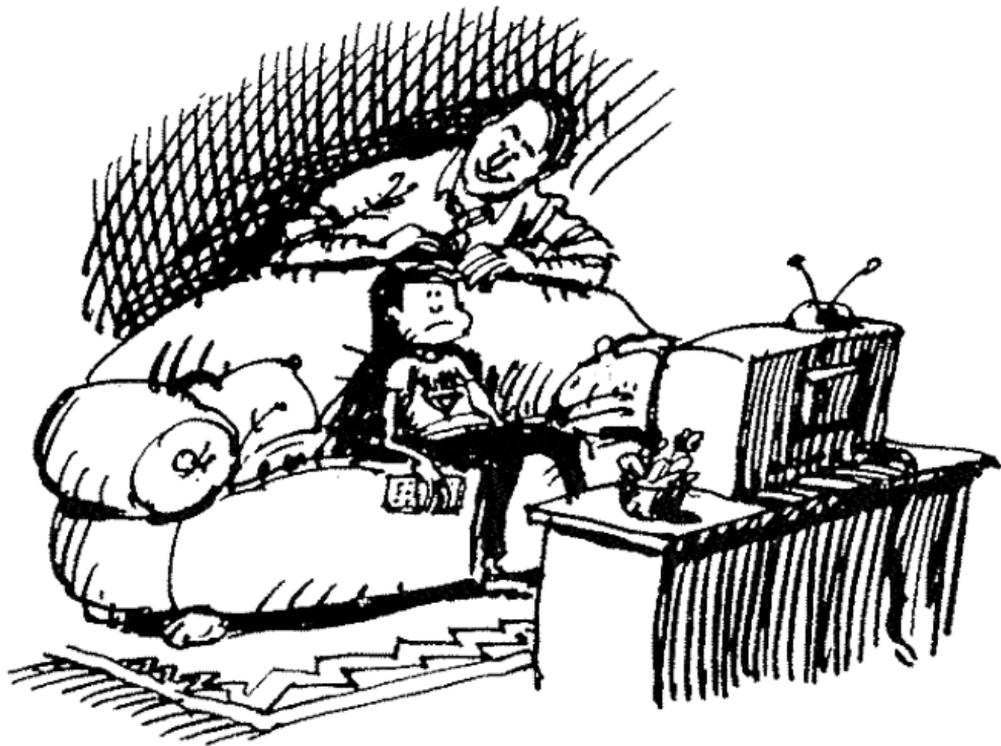
—No tardaré en hacer el té, cielo —

Billy asintió y trató de sonreír.

Cuando el padre llegó a casa, encontró a Billy en la sala de estar mirando la televisión.

—Hola, hijo —le dijo—. ¿Qué pasa?

—Nada que valga la pena — contestó Billy distraídamente.



A su padre le preocupó esta actitud y se sentó junto a él.

—Cuéntame, ¿a qué te has dedicado? —le preguntó.

—A nada en particular.

—¿A nada en particular? Cuando yo

era un chaval no me podían sujetar en casa durante las vacaciones. Siempre estaba fuera, jugando con mis amigos y divirtiéndome. Lo primero que hacía era largarme por la mañana y no me volvían a ver el pelo hasta que se hacía de noche.

Billy no dijo ni palabra. Parecía estar completamente sumido en sus propios pensamientos.

—¿Te sientes bien, hijo? —preguntó su padre con cariño.

—Sí, papá, me siento estupendamente.

—No sabemos lo que haces desde que el concurso se terminó. Nunca hemos comentado nada sobre el tema.

—Lo siento, papá, tenía la intención de hacerlo, pero...

—Pero ¿qué es lo que te preocupa, hijo? ¿No me lo puedes decir?

—Es que... bueno, que no entendí de qué iba.

—Que no entendiste ¿qué? —preguntó su padre—. ¿La suma que publicaron en el periódico? No me sorprende. Yo tampoco la pude entender. No creo que nadie pudiera entenderla. Para empezar, apenas se podía leer; estaba impresa en letra tan pequeña... —su padre se rió, pero Billy todavía estaba preocupado y tenía la cara seria—. Pero ¿qué esperabas? —le preguntó el padre con cariño.

—No lo sé —dijo Billy moviendo la cabeza—. Otra cosa. No pensé que iba a ser así. Tenía la impresión de que lo iba a entender... quizá después de que me lo explicaran.

—Pero, Billy, es la suma más difícil del mundo, hijo. No se espera de ti ni de mí que la comprendamos.

—¿Por qué no?

—Porque no se nos dan bien las sumas.

—Pero, entonces, ¿para qué sirven si nadie las entiende? —preguntó Billy.

—Algunas personas las entienden, supongo —contestó su padre—. La gente de las universidades. Ellos las entienden. Son los que las inventan, así

que son los que las tienen que entender.

—Pero si la gente las inventa, tendrán que servir para algo, ¿no? —preguntó Billy.

—Supongo que sí —replicó el padre.

—Pensé que me podrían decir para qué sirve —dijo Billy—, y entonces yo entendería por qué es tan importante. Bueno, quiero decir que de qué sirve si muy pocos la entienden, ¿no crees, papá?

El padre de Billy meneó la cabeza. Hubiera deseado poder decir algo que ayudara a Billy para que dejara de sentirse tan triste. Pero Billy ya estaba enfrascado en sus pensamientos de

nuevo. Estaba tratando de recordar cómo lo había intentado varias veces desde el concurso, qué era lo que realmente había tenido la esperanza de descubrir cuando al principio le formuló a la señorita Penny aquella pregunta. Ahora todo aquello parecía muy lejano. Había aprendido que la suma más difícil del mundo era simplemente una operación más que no entendía.

La frase de «el té está servido», que llegó desde la cocina, acabó con la conversación.

Mientras, otra conversación, también sobre el concurso, estaba a punto de empezar en las oficinas del *Daily Chronicle*.

Uno de los teléfonos situados en el gran escritorio del director sonó. Cuando éste lo cogió, se encontró hablando con otro director a miles de kilómetros.

—Hola —dijo el que llamaba—, ¿tengo el gran honor de hablar con el director del *Daily Chronicle*?

—Sí, tiene el honor, pero sólo durante treinta segundos —le lanzó él—. Estaba a punto de irme a casa.

—Entonces seré breve —dijo la voz entre corte y corte de la conferencia—. Mi nombre es Bannerjee, director del *Calcutta Daily Record*, y sus sumas son un disparate.

—¿Qué? —estalló el director—.

¿Qué dice?

—Que son un disparate, eso es lo que digo —dijo el señor Bannerjee—. Eso es lo que son sus sumas, un disparate, sólo un disparate y nada más que un disparate.

—Bueno, vamos a ver —respondió el director severamente—, no me hable así —hizo una pausa para pensar y después añadió—: ¿De qué demonios está usted hablando?

—Fue su periódico el que publicó la historia de Billy Budge y la suma más difícil del mundo, ¿no?

—Billy ¿qué? Ah, sí, el chaval Comosellame. Sí, lo hicimos hace tiempo. Bueno, ¿y qué pasa?

—Le estoy diciendo que su suma es un disparate —dijo el indio.

—No, no lo es. Es la suma más difícil del mundo.

—No, no lo es.

—Sí lo es —recalcó el editor.

—No, no lo es.

—¿Usted la puede mejorar, supongo? —preguntó el director con sarcasmo.

—Yo, personalmente, no, entiéndame —contestó el señor Bannerjee—. Pero mi periódico ha descubierto a una persona que le desafía; dice que su suma puede dejar a la suya hundida en la miseria.

—¿De verdad? Bueno, el decirlo es

una cosa y el hacerlo es otra completamente diferente. Si yo fuera a creer todo lo que la gente dice que puede hacer, no estaría donde estoy ahora. Bueno, como le decía, estaba a punto de irme a casa...

—¿No me diga que no va a aceptar el desafío? —preguntó el señor Bannerjee, enfadado.

—Si su hombre es tan listo —dijo el director—, debería haber participado en nuestro concurso. En cuanto a mí me toca, el asunto se terminó y quedó zanjado hace semanas y no tengo ninguna intención de volver a empezar otra vez.

—Sí, me doy cuenta —contestó el señor Bannerjee—. Bueno, en ese caso

me veré obligado a ofrecer nuestra historia a otro periódico británico. Estoy seguro de que será un placer para ellos poner en duda el resultado del concurso sobre el cual armó usted tanto alboroto.

—No creo que les interese —respondió el director altivamente.

—Yo, en cambio, estoy seguro de que sí —dijo el señor Bannerjee.

«Y yo también, claro —pensó el director—. Es justamente la típica cosa sucia que haría yo si fuese ellos».

—Por otro lado —dijo—, nos hemos propuesto no cejar en nuestra oferta de ayudar a ese pequeño chaval... umm...

—¿Billy Budge? —preguntó el

señor Bannerjee.

—Sí, el mismo —dijo el director—. Le ofrecimos ayuda en su búsqueda de conocimiento y no vamos a fallarle, cueste lo que cueste, o surja la dificultad que sea. Haga que su hombre nos dé un telefonazo y anotaremos su suma por teléfono.

—Siento decirle que no va a ser posible —dijo el señor Bannerjee.

—Vale, bien —contestó el director—. Le voy a dar la solución: puede llamar a cobro revertido a condición de que sea una suma corta.

—No, no, no me está usted entendiendo —dijo el señor Bannerjee—. No se puede contactar con él por

teléfono.



—¿No tiene teléfono? —preguntó el director, asombrado—. Pensé que hoy en día todo el mundo tenía teléfono.

—Lamento decirle que no hay teléfono donde vive.

—¿Que no hay teléfono?

—No. No hay teléfono. Tiene usted que comprender que se trata de un místico que vive desde hace muchos, muchos años en una cueva al pie del Himalaya.

—Pero, entonces, ¿cómo se supone que nos vamos a poner en contacto con él? —preguntó el director.

—Sólo hay una manera —dijo el señor Bannerjee—. Tiene usted que mandar al joven Billy a conocerle.

—¿Qué dice? ¿Está usted en su sano juicio? ¿Sabe usted lo que costaría eso?

—Según tengo entendido, usted dijo en su periódico que no repararía en gastos para ayudar a Billy en su búsqueda de conocimientos —respondió el señor Bannerjee.

—Bueno, claro —dijo el director, a la defensiva—, pero no pensé que me iba a costar tanto.

—Estoy seguro de que considerará ese dinero bien gastado si es para ayudar a Billy.

«Umm... Las ventas han estado bajando desde que se terminó el concurso. Quizá esto sea lo que necesitamos para reavivarlas. Lo haré»,

se dijo el director.

Un instante después, hablaba con su reportero.

—Grant —refunfuñó—, consígueme a los padres del joven Comosellame, el del concurso sobre la suma.

Billy y sus padres acababan de tomar el té cuando sonó el teléfono. La madre contestó y una mirada de sorpresa comenzó a extenderse por su rostro.

—Pero... ¿cómo es posible que él...? —contestó, tratando de no ser interrumpida—. Tiene que ir al colegio... Bien, yo no puedo cogerme más vacaciones... ah... ya... sí... vale... adiós.

—¿De qué se trataba, cariño? —

preguntó el padre de Billy cuando ella colgó el teléfono.

—Era el director del *Daily Chronicle* —contestó la madre—. Parece que Billy tiene que hacer otro viaje. El periodista va a venir a buscarlo mañana por la mañana.

—¿Adónde voy? —preguntó Billy, ansioso—. ¿A Londres otra vez?

—No, mi vida —contestó ella—. Esta vez vas a ir a un sitio un poco más lejano.

8 *La suma más difícil de todas*

AL día siguiente, Craig Grant fue a buscar a Billy en un gran automóvil como el que le había esperado en la estación de Londres. Pero esta vez el coche los llevaría directamente al aeropuerto.

—¿Sabes adónde vamos, Billy? — preguntó el reportero sonriendo. Billy

meneó la cabeza—. Vamos al pie del Himalaya, ¿qué piensas de eso, eh?

—¿Estaremos de vuelta mañana? — preguntó Billy.

Grant se rió.

—¿Mañana? Imposible, está a miles de kilómetros.

Billy sonrió y miró por la ventana mientras charlaba muy animado. Nunca había estado fuera de casa antes, a excepción de las idas a la playa y los viajes a las casas de la tía May y de su hermana Helen con sus padres. Ir tan lejos, al otro extremo del mundo, era una aventura tan fantástica que casi no le importaban el traje, la camisa y la corbata que su madre le había hecho

ponerse.

—No pienses que vas a ir por el mundo con pinta de vagabundo —había dicho ella la noche anterior—. Y asegúrate de que te pones ropa interior limpia. Podrías tener un accidente e ir al hospital. ¿Qué pensarían los médicos y las enfermeras si llevaras la ropa interior sucia? —Después le había abrazado y había añadido—: Cuídate y procura no tener ningún accidente.

—Buena suerte, hijo —le había dicho su padre acariciándole el pelo—. Espero que encuentres lo que buscas.

El gran coche los transportó rápidamente a la terminal del aeropuerto para coger un vuelo directo. Y el

reportero le compró a Billy caramelos y tebeos en una tienda del aeropuerto mientras esperaban la hora de embarcarse.

Cuando subieron a bordo del enorme avión, Billy pensó que era la cosa más excitante que jamás había hecho. Sólo tenía que sentarse y el aparato le llevaría lejos, al otro extremo del mundo.

—Es como una alfombra mágica — dijo, aunque a decir verdad se parecía más a un enorme autobús con filas y filas de asientos.

Azafatas vestidas con uniformes oscuros iban de un lado a otro sonriendo y pidiendo a la gente que se abrochara

los cinturones. Después del despegue ofrecieron a los pasajeros té y café, bebidas y bocadillos, y más bebidas, hasta tal punto que Billy pensó que si comía o bebía algo más explotaría.

Era un viaje muy largo. Poco a poco la excitación de Billy se convirtió en sopor y se quedó dormido. Se despertó sobresaltado, pues el reportero empezó a menearle gritando emocionado.

—¡Billy! ¡Billy! Ya casi hemos llegado.

Cuando el avión flanqueó el lecho del río Ganges para aterrizar en Calcuta, Billy se dio cuenta de que el calor iba en aumento. Al bajar del avión, una sólida pared de calor los abofeteó.

—Billy, tendremos que aflojarte el cuello de la camisa y la corbata antes de que te ahogues —comentó el reportero aflojándose la suya. El sudor le goteaba por la barbilla. Billy sonrió. Los viajes al extranjero tenían muchas cosas buenas, pensó.

Un taxi los estaba esperando afuera para llevarlos a la bulliciosa ciudad de Calcuta. El taxi pegaba bocinazos para abrirse camino a través de la masa de gente. Pasaron por mercados callejeros y bazares hasta las oficinas del *Record*, donde el señor Bannerjee los aguardaba para darles la bienvenida. Era un hombre pequeño, de tez oscura, vestido con un traje blanco impecable. Sonreía

constantemente.

—¿Has tenido buen viaje? — preguntó—. Tienes que estar muy cansado. Y estoy seguro de que te mueres de ganas por una bebida fría.

Ambos asintieron ansiosamente.

Mientras las tomaban, el señor Bannerjee dijo:

—Ahora quizá te gustaría saber algo del hombre al que has venido a ver.

Abrieron mucho los ojos, figurándose lo que venía después.

—Es un místico muy anciano —dijo el señor Bannerjee—, que vive hace muchos años, nadie sabe cuántos, en una cueva al pie del Himalaya.

—¿Está eso en el Tíbet? —preguntó

Billy.

—Cerca de la frontera tibetana —
contestó el señor Bannerjee.

—¿Quién es? —preguntó el
reportero—. ¿Y a qué se dedica?

—Se le llama —dijo el señor
Bannerjee con respeto— el Swami de
Wami.

—El ¿qué? —preguntó el periodista
riéndose.



El señor Bannerjee hizo caso omiso de la interrupción.

—Es un hombre santo que se ha hecho famoso y que pasa su vida meditando. Es conocido en toda la India como el sabio cuyas sentencias se contemplan con veneración. Enviamos a un mensajero con un ejemplar del periódico y dice que la suma que publicaron es un disparate, que sólo él posee el secreto de la suma más difícil.

—Bueno, si puedo hablar con él, quizá descubramos de qué se trata —dijo el reportero.

—No creo que consiga nada —dijo el señor Bannerjee.

—¿No cree usted que me lo dirá? —preguntó el reportero.

—No le verá —contestó el señor

Bannerjee.

—¿Qué? ¿Está usted bromeando? Pero ¿usted cree que mi director iba a gastarse todo este dinero mandándome aquí para ver a un viejo que ni siquiera concede una entrevista? Se pondrá como una furia cuando se entere de esto.

—Lo siento —dijo el señor Bannerjee—, pero el Swami se muestra inexorable. Sólo verá al joven.

—¿Quiere usted decir a Billy?

—Sí, así es.

—Bueno, al fin y al cabo, eso ya es algo, supongo —dijo el reportero dudando.

El señor Bannerjee sonrió de manera simpática.

—Tenéis un largo camino que recorrer —dijo—. Mandaré a uno de mis reporteros contigo. Te servirá de guía, pues allí la gente no habla inglés. Hoy pasarás la noche en un hotel de Calcuta. Mañana partirás para tu viaje.

Cuando llegaron a la estación de ferrocarril a la mañana siguiente, se encontraron con una muchedumbre de reporteros indios y corresponsales de periódicos de Gran Bretaña, Europa, América y muchos otros lugares. La gente que había seguido la búsqueda de la suma más difícil del mundo todavía no había olvidado a Billy. La mayoría de los corresponsales se habían despertado temprano a causa de las

llamadas de teléfono de los distintos medios, que les habían sumido en una gran excitación.

Aquella mañana, el *Daily Chronicle* había dado la noticia del viaje de Billy. Había acompañado la información con una foto de Billy subiendo a bordo para ir a la India. Los reporteros se habían enterado rápidamente del tren que iba a coger y estaban determinados a pegarse a él sin importarles adonde fuera.

Billy se rió. Estaba bien eso de volver a ser una celebridad, aunque la satisfacción durara poco tiempo.

Cuando llegó el tren, se llenó hasta los topes con cientos de personas y la vieja máquina de vapor tuvo que soplar

y resoplar muy fuerte para conseguir moverse. Al principio el viaje no resultó nada cómodo. Hacía un calor muy pegajoso. Pero cuando el tren se adentró más al norte, el tiempo se hizo más y más frío. Entonces se alegraron de tener ropa de abrigo. El señor Bannerjee la había conseguido para ellos.

Después, tuvieron que bajarse del tren y viajar en un autobús, que tenía ya sus años, por pésimas carreteras llenas de baches. El viaje duró muchos kilómetros. Al caer la tarde llegaron a su destino, un pueblo pequeño a los pies de las laderas de la empinada montaña.

El periodista indio que los acompañaba señaló la ladera.

—¿Allí arriba? —preguntó Billy. El aliento le faltaba al mirar hacia la cima de la cadena de montañas, encapuchadas por la nieve y casi ocultas por las nubes.

—Ah, no, no, qué va —se rió el reportero—. Me has entendido mal. La cueva está muy cerca de aquí. Iremos allí por la mañana.

Cuando Billy se acomodó para dormir, se puso a pensar en qué le depararía el día siguiente. ¿Poseería realmente el Swami el secreto por el que él sentía tanto anhelo? ¿Qué era lo que él pensaba encontrar realmente? ¿Cómo iba el Swami a comunicarse con él si sólo hablaba su idioma y Billy sólo hablaba inglés? Billy sacudió los

hombros y cerró los ojos. Estaba seguro de que si el secreto existía realmente, el Swami lo conocería. Y sabía que encontraría alguna manera de decírselo.

A la mañana siguiente, Billy y Craig Grant comenzaron la ascensión de la empinada ladera hacia la cueva del Swami. Los acompañaban el reportero indio y un numeroso grupo de corresponsales, resoplando y sudando detrás. En realidad, estaban más acostumbrados a sentarse en sus oficinas que a ascender laderas de montaña.

Después de casi dos horas de una dura ascensión, el reportero indio les impidió que los siguieran y Billy y él prosiguieron solos hasta la boca de la

cueva, que estaba a doscientos metros. Mientras Billy esperaba, el indio entró. Salió pocos minutos más tarde.

—El Swami está meditando —le dijo a Billy—. Tenemos que esperar.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó el chico.

—No lo sé —repuso el indio—. Algunas veces medita días, o semanas, o incluso meses.

Esperaron acurrucados en la ladera, a merced del viento. A Billy le parecieron siglos, hasta que de repente oyeron el ruido de alguien que daba golpes en la roca.

—Rápido —dijo el indio—, está dispuesto, tienes que entrar ahora

mismo.

Billy se dirigió de prisa hacia la boca de la cueva. Sentía cosquillas en el estómago. Se coló dentro y parpadeó. Un humo de olor dulzón hizo que le escocieran los ojos. En cuanto se acostumbró a la luz tenue y al humo, se dio cuenta de que estaba en una gran caverna, mayor de lo que esperaba. Había un pequeño fuego ardiendo. Forzando la vista, Billy distinguió al otro extremo de la caverna una figura oscura sentada con las piernas cruzadas. La figura alzó la cabeza y Billy vio que era un viejo con una gran barba, que llevaba una túnica parecida al hábito de los monjes. Alzó un dedo huesudo y

llamó por señas a Billy, indicándole que se sentara cerca. El chico se sentó cerca del fuego y cruzó las piernas. A pesar del frío de fuera, la cueva estaba lo suficientemente caliente.

Billy esperó un buen rato a que el viejo hablara. Finalmente preguntó:

—¿Es usted el Swami?

El viejo asintió gravemente con la cabeza. Billy sentía un temor reverente hacia aquel hombre tan serio, pero se armó de valor y preguntó:

—Por favor, señor, ¿podría decirme...?

El viejo levantó una mano huesuda para hacer que se callara; después le indicó con un gesto que se fijara en el

fuego. Billy se quedó mirando fijamente, pero no pudo ver nada excepto las llamas que chisporroteaban. Ambos permanecieron sentados durante muchos minutos contemplando las llamas. Después de un rato, Billy creyó ver números y caras. Las llamas saltaban y se retorcían tomando forma de países, animales extraños, edificios exóticos, cadenas de montañas y toda clase de cosas maravillosas. Se le ocurrió pensar si eso era lo que el viejo tenía intención de que viera. Pasado un rato, el Swami alzó la cabeza.

—Ahora, chaval —dijo con un acento fuerte—, ¿qué quieres saber?

Billy casi se cayó para atrás de

sorpresa al oír una voz británica. Sus ojos se abrieron tanto que parecían un par de ruedas de molino.

—Vamos, vamos —dijo el Swami con impaciencia—. Tengo que hacer mucha meditación, ¿te enteras?

Pero Billy seguía boquiabierto y lleno de asombro.

—Oye, ¿se te ha comido la lengua el gato? —preguntó el Swami. Las arrugas de su cara se suavizaron y sus ojos adquirieron una mirada viva—. Presiento que estabas esperando algo diferente.

—Sí —respondió Billy, casi sin aliento—. Pensé que usted sería... bueno...

El viejo se retorció de risa.

—No sólo los chinos y los indios pueden hacer esto, ¿lo pescas? Yo era un minero de Yorkshire antes de venir aquí, hace tanto tiempo que no puedo acordarme. Pensé que para pasarme toda la vida allí debajo, también podía hacer algo de provecho aquí. Tu nombre es Billy, ¿no? —Billy asintió con la cabeza. El viejo le miró de una manera maliciosa—. Y habrás venido por lo de la suma...

—Sí, señor —contestó Billy.

—¡Ay! —dijo el Swami asintiendo—. No me sorprende. No saben nada, esos profesores; con toda la que arman con sus computadoras, y hablan por

hablar. Ni siquiera te enseñan lo que deben en el colegio.

Billy se le quedó mirando sorprendido.

—Dime, chaval, ¿cuánto hacen uno más uno?

—Es... es... dos, señor — tartamudeó Billy.

El viejo se desternilló de risa y miró a Billy astutamente.

—¿Es eso todo lo que ellos te pueden enseñar? Una educación pobre, sin ninguna duda —de repente se levantó de un salto, lo hizo tan ágilmente que le cogió a Billy completamente por sorpresa.

El viejo le hizo una seña con sus

dedos huesudos para que le siguiera y se adentraron hacia el fondo de la cueva. El Swami corrió una cortina que cubría un nicho donde se podía contemplar una gran jaula de cañas de bambú llena de ratones que se escabullían de un lado para otro. Había docenas de ellos, todos de un blanco immaculado con ojos rosas, revolviéndose unos contra otros y corriendo de aquí para allá.

—Éstos son mis amiguitos —dijo el viejo—. Me hacen compañía en las largas noches de invierno.

—Son encantadores —dijo Billy con ojos de asombro.

—Y que lo digas —dijo el viejo—. ¿Sabes cuántos tenía al principio?

Billy movió la cabeza negativamente.

—Tenía un macho y una hembra —respondió sonriendo—. Ahora trata de contarlos y dime cuánto hacen uno más uno. Anda, cuéntalos —se desternillaba de risa mientras Billy trataba en vano de contar aquellas pequeñas criaturas que no dejaban de moverse—. Conque uno y uno son dos, ¿eh? —resopló disgustado—. La raza humana comenzó con sólo dos personas, eso nos dicen. ¿Y cuántos somos ahora? ¡Millones! Y lo mismo pasa con la resta. Me apuesto algo a que también te enseñaron que si a dos le restas uno te queda uno, ¿no?



Billy asintió.

—Te contaré algo que me pasó, chaval —dijo el viejo—. Tuve otros dos ratones mucho antes. Uno de ellos murió y al compañero le dio por consumirse de soledad. Así que, si restas uno de dos, no queda nada.

Billy trató por todos los medios de entender lo que el viejo le decía, pero su mente estaba confusa.

El viejo le regaló una bondadosa sonrisa.

—No vayas a romperte la cabeza por eso, chaval. Ya lo entenderás con el tiempo.

Billy quería estar seguro.

—Pero, señor... —empezó a decir

—, la mayoría de las veces las sumas tratan de cosas, y no de personas o ratones...

—¿De cosas? —dijo el viejo, furioso—. ¿Cosas? Mira alrededor tuyo y dime cuántas cosas ves aquí — gesticuló con su huesuda mano señalando la cueva vacía—. ¿Tengo yo cosas? ¡Claro que no! Y te diré algo. Para que lo sepas, soy mucho más feliz desde que vivo aquí que cuando vivía donde vives tú y tenía cosas. El mundo entero se muere por las cosas. La gente tiene que tener esta o aquella cosa. Se pasan la vida coleccionando cosas que no tienen ningún valor terrenal y después se mueren y se las dejan a otra gente. No

sigas ese camino, chaval. Y aún te diré más: las cosas que un hombre necesita las puede llevar en sus bolsillos.

La cara del viejo se relajó otra vez. Volvió a sonreír. C cogió a Billy de la mano y lo guió por un pasillo de roca en pendiente. Llegaron a una grieta donde la roca se dividía en dos y Billy se quedó sin aliento, pues se topó con una panorámica del Himalaya que le dejó sin habla. Abarcaba todo lo que Billy podía contemplar.

—¿Qué tal? —sonrió el viejo, asintiendo de modo afirmativo—. Es bonito, ¿eh? Éstas son las cosas que importan, chaval. No las cosas que venden en las tiendas de regalos, sino

las cosas creadas y puestas aquí mucho antes de lo que tú y yo hayamos imaginado jamás. ¿Conoces a quien las colocó aquí?

Billy dijo que no con la cabeza.

—Ni yo tampoco —dijo el viejo con los ojos brillantes—. Pero ya lo veré alguna vez cuando esté meditando —se volvió y miró durante un largo rato la cadena de montañas—. ¿Dónde está tu aritmética ahora, dime? —preguntó—. ¿Pienzas que se puede decir: resto una montaña del mundo y dejo las demás? Piensa ahora, suponte que una gran mano pudiera bajar del cielo y arrancar esta cadena entera de picos que abarcan miles de kilómetros. Piensa en todas las

criaturas vivas que habitan aquí. Se perderían, ay, hijo mío, incluyéndome a mí. Piensa que la belleza, la majestad y el misterio de estos picos se perderían, y todos estos pequeños asentamientos al pie de estas montañas, también. Si todas estas cosas se perdieran para el mundo, ¿me seguirías diciendo entonces que todo lo que se ha perdido es una *única cosa*? —el viejo refunfuñó de disgusto por el mero hecho de pensarlo.

Billy empezó a tiritar, pues el viento frío penetraba a través de su abrigo. El viejo se dio cuenta y le condujo hacia el fuego otra vez. Se sentaron con las piernas cruzadas mirando fijamente a las llamas durante un rato. Billy trató con

todas sus fuerzas de reagrupar sus pensamientos dispersos. Ahora sí que podía entender por qué el viejo pasaba tanto tiempo meditando. Había mucho más en qué pensar de lo que había creído jamás.

—Pero... si todo eso es verdad... quiero decir... bueno... ¿cuánto hacen uno más uno?

El viejo sonrió comprensivo.

—Pues cualquier cosa —dijo—. O nada.

—Pero entonces —preguntó Billy dubitativo, tratando por todos los medios de entender lo que eso significaba—, ¿cómo sabes cuál de los dos resultados es?

—Es que no lo sabes —dijo el viejo, sonriendo ante la confusión de Billy.

—Entonces... ¿por qué la gente...? Quiero decir, ¿por qué dicen que lo saben?

—¡Ahora sí que has dado en el clavo, chaval! —exclamó el Swami excitado, como si hubiera estado esperando con paciencia a que Billy llegara a ese punto—. ¡Ahora sí que lo has captado! Hay mucha gente que no sabe de qué va la cosa, pero les asusta no saberlo y por eso inventan lo que no saben. Inventan operaciones aritméticas y piensan que las entienden y controlan las cosas que les rodean porque las

pueden contar. Piensan que todo lo que tienen que hacer para entender el mundo es construir ideas sobre cómo es, y el mundo les pagará siendo lo que ellos quieren que sea. ¿Lo entiendes, chaval?

—Sí, creo que sí, señor —dijo Billy, aunque no estaba del todo seguro.

—Ay, bueno, pues piénsatelo, chaval. Reflexiona. Te vendrá con el tiempo —miró a Billy con astucia—. Bueno, entonces —dijo—, reflexionarás sobre esto. No hay nada más que pueda hacer por ti —hizo una reverencia con la cabeza y se quedó mirando al fuego, en la misma posición que cuando Billy le vio por primera vez. Billy dudó, confundido por todo lo que había

pasado. Después de un rato, el Swami levantó la cabeza y se le quedó mirando.

—¿Estás todavía aquí, chaval? ¿Qué quieres ahora? —su cara estaba seria, pero sus ojos brillaban.

—Por favor, señor... —dijo Billy dubitativo—. Tenía la esperanza... Bueno, pensé que quizá usted me podría decir... ¿cuál es la suma más difícil del mundo?

—Pero, bueno, ¿es que no lo sabes todavía? —preguntó el viejo con cara de sorpresa—. Quizá es que no eres lo listo que yo creí que eras, después de todo. Escúchame, chaval, haz lo que te digo. Ponte de pie. Ahora siéntate. Levanta los brazos. Ahora bájalos —Billy

contemplaba al viejo con asombro, pero obedecía sus instrucciones. Se asombró todavía más por las siguientes palabras —. ¿Puedes moverte? ¿Te puedes quedar quieto? —Billy asintió con la cabeza—. ¿Cómo? ¿Por qué? —Billy se le quedó mirando con la boca abierta como un buzón de correos—. ¿Cómo? ¿Por qué? —repitió el Swami—. ¿Cómo puedes mover los brazos y las piernas, la cabeza y el cuerpo cada uno por su lado? ¿Cómo haces para mantener los brazos y las piernas quietos? ¿Por qué no se mueve todo al tiempo? ¿Dónde adquiriste estos poderes? ¿Cómo los conseguiste? ¿Y por qué? ¿Por qué eres capaz de moverte? Las plantas no

pueden moverse. Viven y respiran, exactamente igual que tú. Nacen y mueren, comen y beben, igual que tú. Pero no pueden agitar los tallos o levantar y bajar las hojas y pétalos a su voluntad. ¿Por qué puedes tú y ellas no?

Billy se encogió de hombros.

—Ni siquiera me he parado a pensar en ello —contestó.

—¿Puedes reírte? —preguntó el viejo—. ¿Puedes llorar? —Billy asintió con la cabeza—. Otras criaturas se pueden mover como tú —comentó el viejo—. El oso, el gato, el perro... Algunos monos pueden incluso hablar para parecerse a los humanos. Pero ¿cuál de ellos puede reír o llorar?

¿Cómo es que tú estás capacitado para hacerlo y ellos no? ¿Y qué criatura tiene el poder que tú tienes para pensar y hablar, para contarles a otros lo que piensas y captar lo que ellos te comunican? ¿Por qué tienes tú ese poder cuando otras criaturas no lo tienen? ¿Te has enterado, chaval?

Billy llegó al colmo de su asombro por todas las cosas que el viejo le había dicho. No se le ocurría nada más que mover la cabeza.

—Pues no sabes nada del asunto —dijo sonriendo el viejo—. Pero no creas que yo sé más. Ni tampoco otros. Los hombres santos han estudiado durante siglos esas cuestiones sin contestar ni

una, sin siquiera saber cómo o por qué ocurrían. Tú crecerás y todos los días harás toda clase de cosas que te parecerán normales y cotidianas, pero son realmente maravillosas y llenas de magia, porque nadie las hará de la misma manera que tú, y porque nadie podrá nunca dar una explicación de por qué estás aquí y por qué te comportas así y puedes hacer las cosas que haces. ¿Lo entiendes ahora?

La cabeza de Billy estaba repleta de pensamientos que bailaban y saltaban unos sobre otros como los ratones de la jaula. Estaba perdido y luchaba en un mar de confusiones.

—No, señor —dijo moviendo la

cabeza con tristeza—. No lo entiendo.

—Pero, Dios mío, niño, tú sí que eres la suma más difícil del mundo. Tú y yo y todo el mundo. Todos nosotros — contempló la confusión en la faz de Billy y prosiguió—: Tú eres la suma de mil habilidades y aptitudes que nadie puede entender del todo o explicar. Nadie sabe por qué posees esas aptitudes y habilidades o por qué otras criaturas no las tienen. Lo único que sabemos es que las tienes. La suma de todas esas cosas es lo que hace que tú seas tú y no otra criatura, y ésa es la suma más difícil de todas, porque nadie será capaz nunca de explicarlo o entenderlo.

Billy asintió con la cabeza

lentamente. Estaba seguro de que era como el Swami le había dicho. Lo comprendería con el tiempo. No obstante, pensaba que había comenzado a entender lo que el viejo había tratado de decirle y lo que importaba era dar el primer paso. Como había dicho el viejo, había que hacer mucha meditación.

9 *El secreto*

LOS periodistas permanecían todavía sentados, acurrucados para resguardarse del frío, allá arriba en la ladera de la colina donde Billy los había dejado.

Cuando salió de la cueva y bajó por la ladera para encontrarse con ellos, se pusieron de pie todo lo deprisa que sus miembros yertos de frío les permitieron y se apiñaron alrededor de él. Brillaban los *flashes*, y los reporteros rebuscaban en sus bolsillos sus plumas y cuadernos

con los dedos helados. Otros atosigaban a Billy con los micrófonos. Y le gritaban:

—¿Qué ha dicho, Billy? ¿Cuál es la respuesta? Dinos el secreto, Billy.

Billy sonrió maliciosamente.

—No puedo decir el secreto —dijo.

Hubo gritos de sorpresa y asombro.

Pasado un rato, gritaron:

—¿Qué quiere decir eso de que no nos lo puedes decir? ¿Por qué no?

—Si les dijera el secreto, ya dejaría de ser un secreto, ¿no? —replicó Billy.

—Hombre, vamos, anda —gritaron los reporteros—. Hemos estado esperándote durante dos horas con este frío helador. Anda, danos una pista. Sólo

dinos un poquito, algo.

Un reportero le puso a Billy un micrófono delante de las narices y le dijo:

—Anda, dinos aunque sea sólo los dos primeros números de la suma.

—No puedo —repuso Billy.

—¿Seguro que no puedes? —dijo el periodista—. ¿Por qué no?

—Porque no hay ni un número —contestó Billy.

—¿Qué clase de suma es, entonces? —preguntó el hombre sin poder salir de su asombro.

—La más difícil —contestó Billy sonriendo con malicia. Después bajó por la ladera. Los reporteros se miraron

unos a otros con la boca abierta.

